

LOS CRIMENES DE LA CALAVERA

ADA CORETTI

CB

LOS CRÍMENES DE LA CALAVERA

Selección Terror Nº 458

Título Original: *Los crímenes de la Calavera*

Editorial: Bruguera
Colección: Selección Terror
ISBN: 9788402025067
Generado con: QualityEbook v0.77
Generado por: JuanDeLezo, 13/03/2015

LOS CRIMENES DE LA CALAVERA

Ada Coretti


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

452 — Hotel Infierno, *Adam Surray*.
453 — Maquiavélica, *Frank Caudett*.
454 — La bahía del horror, *Joseph Berna*.
455 — Se vende un asesino, *Clark Carrados*.
456 — El poderoso amante de Vivie, *Ralph Barby*.
457 — La muerte es sueño, *Lou Carrigan*.

ADA CORETTI
LOS CRIMENES DE LA CALAVERA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 458
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 9788402025067
Depósito legal: B. 32.435-1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.
1ª edición: diciembre, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1981

PROLOGO

LA niebla se arrastraba hecha jirones junto a las tumbas, junto a las cruces, junto a las lápidas. El silencio del cementerio era total, absoluto. Parecía como si aquellos muertos no hubieran estado nunca vivos.

Una mujer joven y bella descendió de un lujoso carruaje y empezó a andar por allí. Buscaba una inscripción.

No tardó en encontrarla. Estaba medie oculta entre hierbas, musgo y suciedad de años, más bien de siglos.

«BARÓN DE SANDERSSON»

Se arrodilló allí, junto a aquella tumba, y con un escoplo de hierro acerado que llevaba oculto en su bolso de mano, empezó a raspar en las junturas de la losa, de la lápida. Finalmente quedó suelta, despegada.

Entonces la sacó, la apartó de su sitio. No sin esfuerzo porque pesaba mucho.

Hecho esto, vio la concavidad donde, con el transcurso de los años, se había podrido la madera de un ataúd.

Un ataúd que contenía un esqueleto.

El esqueleto, ante la luz del día que acababa de penetrar en aquella oscuridad tétrica y tenebrosa que había durado siglos, pareció moverse.

¿Sólo lo pareció…?

—Soy yo —murmuró ella—. ¿Te acuerdas de mí, barón de Sandersson? Vendiste mi alma al diablo… Sí, desde entonces le estoy sirviendo. No ceso de hacer el mal…

Se fijó mejor en el esqueleto y se percató claramente de que aquellos huesos se habían movido. No mucho, apenas perceptiblemente, pero se habían movido.

—Ya me doy cuenta, aún no estás muerto del todo, aún queda en ti un resquicio de vida… Oye —le propuso con tono suave, armonioso—, ¿quieres que te deje salir de aquí? Pero siempre que me prometas —aclaró— hacer el mal. Hacer siempre el mal…

—Sí, sí. Deseo salir de aquí —respondió una voz hueca vacía como aquella misma concavidad—. Haré el mal…

Los huesos empezaron a moverse y poco después el esqueleto estaba de pie ante la mujer joven y bella.

—¿Me dejas que te bese? —fue la espeluznante pregunta de aquellas descarnadas mandíbulas.

—¿Lo deseas? —preguntó ella con su voz suave y armoniosa.

—Sí, sí, lo deseo —afirmó—. ¡Hace tantos y tantos años que te amo!

—Pero por una bolsa de monedas de oro me vendiste… —repuso ella—. Yo tenía absoluta confianza en ti y firmé aquellos papeles. Firmé sin ver lo que había escrito. Creí que se trataba de unos simples documentos. Y la verdad era bien distinta, vendías mi alma al diablo. ¡Maldito seas! —pero la voz dulce y armoniosa de ella no se había alterado.

—Te vendí —dijo aquel tétrico ser del otro mundo— porque me rechazabas, porque ibas a casarte con otro. Loco de celos…

—Puedes besarme si quieres, barón de Sandersson —repuso ella—. Bésame y luego vete. Y recuerda que siempre has de hacer el mal. Es lo que te mando, lo que te exijo, como buena discípula que ahora soy del diablo.

El esqueleto se acercó a la mujer joven y bella, y la estrechó entre sus brazos, entre sus descarnados huesos. Seguida mente la besó de un modo sumamente apasionado.

* * *

Esto es lo que contó una vieja mendiga que solía dormitar en el cementerio. Según dijo, al abrir los ojos y ver ante sí semejante espectáculo no pudo evitar el ponerse a gritar desesperadamente.

Aquella mujer, pese a sus insistentes y reiteradas explicaciones, al parecer llenas de veracidad, fue internada en un manicomio.

Y lo cierto es que se pasó el resto de su vida jurando que había visto un esqueleto que se movía, que ese esqueleto besó a una bella y joven dama, y que la joven dama, después, se había alejado del cementerio en un lujoso carruaje. Juró una y mil veces, asimismo, que al pescante del carruaje iba el propio diablo.

* * *

Entre los habitantes de la localidad de Collingttan quedó esta historia como la de una pobre vieja, totalmente loca y trastornada.

No obstante, para algunos…

Para algunos aquella historia había sido cierta, verídica. Estaban convencidos de ello. Como fuera, con el paso del tiempo la historia se fue borrando, se fue olvidando. Actualmente ya casi nadie recordaba



aquello.

CAPITULO PRIMERO

LA localidad de Collingttan, vista desde sus dos cercanas colinas, daba la sensación de estar sumergida en una oscura hondonada.

Pero nada anormal tenía aquella panorámica. Se trataba, simplemente, de una zona minera, con su polvillo negro metido aún más lejos de donde despuntaban las casas de los trabajadores. Casas que se habían formado en pequeños núcleos, de donde salían los hombres hacia las profundidades de la mina cubriendo los respectivos turnos.

Pero la localidad de Collingttan, propiamente dicha, se hallaba más alejada de aquella zona y de aquel polvillo negro que parecía meterse en todas partes. Allí sus habitantes disfrutaban de un vivir menos duro, más llevadero.

No obstante, los hombres ricos de la localidad sólo eran dos. Y ambos, como desafiándose, vivían frente a frente. Es decir, vivían en aquellas dos cercanas colinas. Cada uno de ellos en su cúspide. Eran aquellas dos propiedades espléndidas, soberbias.

Aunque por aquellos días ya no existía posible desafío entre ellos. Evidentemente no podía existir, porque el dueño de una de aquellas casas, dueño asimismo de la mina de carbón, Adrián Cinney, un hombre de unos cuarenta y cinco años, de normal estatura, delgado, se hallaba en una situación económica sumamente comprometida, y esto ya no era un secreto para nadie.

La mina había dejado de ser un buen negocio, pues el carbón escaseaba y sacarlo a la superficie equivalía a afrontar un coste excesivo. Se hallaba poco menos que abocado a la ruina.

Por su parte, Laurence Dannat, el dueño de la otra casa, de unos cincuenta años, alto y fuerte, disfrutaba de una fortuna cada vez más cuantiosa. Siempre había vivido al servicio de una desmedida ambición, no desdeñando ninguna ocasión con tal de ascender un peldaño. Siempre había sido un desaprensivo capaz de pisotear todos los sentimientos y todas las éticas en su propio beneficio. Actualmente, cumplidos sus fines, vencedor en cuantos negocios había emprendido. Resultaba, en resumen, uno de esos individuos elegantes y refinados que esconden debajo de su sillón de mando toda la basura

con la que se ensuciaron para ascender.

Así estaban las cosas, cuando se dejó ver en Collingttan, por primera vez, Sandra, una muchacha alta y morena, muy guapa, muy atractiva. Una muchacha que nadie sabía de dónde llegaba, ni por qué se detenía allí, ni quién era en realidad. Sólo se supo que alquiló una pequeña casa al pie mismo de la carretera.

Por su parte, los hermanos Albert y Jonathan Brimmore trabajaban en la mina. Sacaban carbón en la galería cuatro. Eran de los mejores trabajadores con que contaba la plantilla.

En la galería contigua, en la quinta, era Jerry Cribbins quien se ganaba el pan con el sudor de su frente. Se trataba de un jovencito al que no satisfacía aquel trabajo. Aseguraba que la vida tenía que ser algo mejor, mucho mejor que todo aquello.

El horrible hecho sucedió aquel atardecer, exactamente cuando el segundo turno había concluido.

Los trabajadores, ennegrecidos sus rostros y manos por el carbón, aún sin haberse quitado los cascos de protección, iban ocupando los chirriantes ascensores, ascendiendo a la superficie.

Jonathan Brimmore se quedó rezagado, pero lo hizo a sabiendas. Tenía que aprovechar que había acabado aquel turno para ver una vez más con sus propios ojos algo que aún no se atrevía a creer que pudiera ser cierto.

Ya solo en el interior de la mina, o por lo menos creyendo estarlo, sintió, no obstante, que algo se enroscaba alrededor de sus nervios, que algo se agitaba en sus músculos, que algo se colaba en sus huesos. Un algo extraño, inexplicable, impreciso, que de momento no acertó a comprender qué era.

Luego si lo supo, así que oyó un ruido extraño a sus espaldas. Esa sensación era miedo. Nunca hasta entonces había experimentado algo semejante.

Era como si un presentimiento le hubiera estado diciendo, quedo al principio, más fuerte después, a gritos en aquel momento, que su vida corría peligro. Un peligro inminente.

Por un instante quedó detenido, inmovilizado. Totalmente paralizado.

Había sentido cómo una mano le rozaba el hombro derecho. Se estremeció. Pero encontró valor y giró la cabeza. ¿A quién podía pertenecer esa mano? Todos sus compañeros se habían ido ya.

No vio a nadie a su lado. Ni vio a nadie a través de la escasa luz que llegaba de la galería central, donde en aquellos momentos las vagonetas estaban inmovilizadas sobre los raíles.

Aquella total ausencia de un ser humano le asustó más aún, mucho más, porque era evidente que alguien había puesto los dedos de su

mano sobre su hombro derecho.

De creer en fantasmas, hubiera aceptado el hecho, tal vez, de un modo más natural. Pero no creía en fantasmas y lo inexplicable cobraba, pues, unos tintes que convertían su miedo en verdadero pánico, en auténtico terror, en una sensación insoportable que, por descontado, acababa de dejarle helado de pies a cabeza. Y eso que poco antes, extrayendo carbón, dándole al pico, sudaba de arriba abajo.

Pero pasaron un par de minutos y se tranquilizó bastante. Por lo menos lo suficiente para seguir adelante por la galería cuatro, hacia el fondo. Donde la oscuridad era tan intensa que no se veía nada, de ello que decidiera encender la luz de su casco.

Pero antes de hacerlo vio ante él lo que antes no había visto.

Una calavera, que batía sus desencajadas mandíbulas como riéndose de su mal rato, mientras una mano que sólo eran cinco esqueléticos huesos se adelantaban hacia adelante igual que garfios que quisieran aprisionarle y llevarle, sin duda, hacia el otro mundo.

Estuvo a punto de gritar, pero acertó a contenerse. No quería que ninguno de sus compañeros de trabajo supiera que se había quedado en la mina.

Ante aquella calavera que parecía acabar de salir de un ataúd, del interior de una tumba, se puso a temblar lo mismo que si estuviera hecho de gelatina.

—Tu secreto es mi secreto… —vio como al hablarle, se movían las descarnadas mandíbulas de la calavera. La voz sonaba hueca, vacía—. No te dejaré hacer realidad tu sueño. Antes de consentirlo, te mataría. Te mataría —repitió— y te llevaría conmigo a mi tumba, a mi ataúd. Allí hay sitio para los dos.

Jonathan Brimmore creyó que iba a morirse del terror que experimentaba. Un jadeo angustiado empezó a salir y entrar de su pecho, que de pronto, por lo visto, se había quedado sin aire.

—¡Retrocede! —volvió a hablar la calavera con su voz vacía, hueca, evidentemente propia de un ex ser de este mundo—. Y no hables con nadie de lo que sabes. Si lo haces, apareceré ante ti cuando menos lo esperes y acabaré contigo. Y lo dicho, te llevaré a mi tumba. Y allí, en mi ataúd, juntos esperaremos el paso de la eternidad.

—¿Quién eres…? —tembló la voz de Jonathan Brimmore—. ¿O quién fuiste…?

—Fui el varón de Sandersson —dijo la calavera una vez más moviendo sus desencajadas mandíbulas—. Me enamoré de una mujer joven y bella, pero ella no correspondió nunca a mis sentimientos. ¿No has oído hablar de mí, aquí en Collingttan?

—No, no… Creo que no… —Jonathan Brimmore dudaba—, ¿Pero

qué haces aquí en las profundidades de la mina? —preguntó temblando, sin terminar de asimilar aquella espeluznante situación.

¡Era aquello algo tan fuera de todo raciocinio, de toda cordura, de todo sentido común!

—Vivo aquí —la respuesta de la calavera no se hizo esperar—, Me metieron en un ataúd y me enterraron, como a todo el mundo cuando se muere, pero yo pude salir de allí y huí lejos. Años después regresé, vi esta mina y me escondí aquí. Entonces descubrí… Y desde entonces estoy vigilando mi tesoro. ¡Nadie se lo llevará nunca!!

—Los muertos no pueden salir de sus ataúdes. Me has respondido de un modo ilógico —Jonathan seguía temblando.

—Yo soy un muerto muy especial —aclaró la calavera.

—¿Por qué tan especial?

Quiso saberlo. Así, pensó Jonathan Brimmore, quizá empezara a comprender el porqué de todo aquel horripilante absurdo, de aquel irracional desatino, de aquella aterradora sinrazón. De todo aquello que parecía formar parte de una narración de desquiciados.

—Esa mujer joven y bella a la que me he referido, me ayudó a escapar. ¿Pero de veras —la calavera parecía asombrada— nunca has oído hablar aquí en Collingttan, de la historia del barón de Sandersson?

—Quizá sí —murmuró Jonathan—. De pequeño… A mi abuela… No sé, no sé…

—Aunque ella me dejó escapar —siguió diciendo—, aun que incluso dejó que la besara, seguía odiándome… Odiándome con toda su alma…

—Dime, ¿por qué te odiaba tanto esa muchacha tan bella? —preguntó Jonathan Brimmore.

—Te lo diré. Me odiaba porque yo, abusando de la confianza que ella me tenía, le había dado a firmar unos documentos. Unos documentos que al parecer carecían de importancia, pero cuyo destinatario era el propio diablo. ¡Le había vendido el alma!

* * *

Albert Brimmore había querido rezagarse, dejar atrás a sus compañeros. Había querido hacer lo mismo que su hermano Jonathan. Pero otro de los trabajadores, un tal Andrew Mottes, un joven que impresionaba por su elevada estatura, por sus musculosos brazos y por su ancho tórax, se le había puesto al lado, empezando a hablarle. No había habido manera de dejarle a un lado, así que tuvo que seguir adelante con él.

—Sin duda te has dado cuenta —le dijo el joven, ya ambos fuera de la mina— que siempre estoy buscando tu conversación.

Discúlpame… Se trata, sinceramente, de que me interesa en grado sumo saber tu manera de ver la vida. La vida, vista desde la profundidad de la mina, desde la oscuridad de sus galerías mejor o peor apuntaladas, debe parecer a veces… Bueno, supongo que algo distinto a como se ve desde la superficie de la tierra, a plena luz del día.

—Oye, ¿sabes lo que te digo? —Albert Brimmore le miró con más atención que otras veces—, siempre me has parecido un tipo raro.

—¿Sí?

—A cualquiera de nosotros nos faltan modales y no digamos cultura, esto salta a la vista. Pero este no es tu caso. Cuando te vistes normalmente pareces todo un señor, y cuando abres la boca para hablar te expresas demasiado bien. Demasiado bien, por lo menos —añadió— para codearte con nosotros.

—Quizá se note en algo —dijo Andrew Mottes, con sencillez— que soy escritor de novelas policíacas y no malo del todo a juzgar por los ejemplares que vendo.

—¿Eres escritor de novelas policíacas? —se sorprendió Albert Brimmore—, ¡Oh, ahora me lo explico! Tú estás en la mina para curiosear, para husmear, para ver cómo va eso, para luego ponerlo en tus libros, ¿me equivoco?

—No —reconoció—. Estoy trabajando en la mina para vivir de cerca esta vida vuestra, que luego pretendo plasmar en una novela. En una novela de categoría. Deseo dejar el género policíaco.

—Supongo que se tratará de una novela dura, como lo es nuestro trabajo. Una vida donde es difícil encontrar la felicidad.

—Tanto como eso… —repuso Andrew Mottes. Y opinó seguidamente—: La felicidad puede encontrarse en cualquier clase de vida. La felicidad no es patrimonio de la gente rica.

—Opino de distinta forma, pero respeto tu opinión.

—Yo también respeto la tuya, por descontado que sí. Pero queriendo ponerte de mi lado, te pido que me respondas a una pregunta. Cuando se ve ante los propios ojos a la muchacha más guapa del mundo, ¿no se olvida uno de todo lo malo? Pues si es así…

De un modo un tanto brusco, bastante violento, Albert Brimmore se volvió hacia el polvoriento camino que cruzaba no lejos de allí. Hacía aquel lugar se había dirigido la mirada del escritor. Se volvió seguro de que Andrew Mottes había hecho alusión a Yvonne, la rubia y bonita muchacha que trabajaba, como secretaria, a las órdenes de Laurence Dannat.

—Discúlpame —dijo Andrew a su compañero—; ya seguiremos hablando en otro momento.

Y corrió hacía el coche de Yvonne que se había detenido allí, al

parecer casualmente.

—Buenos días —fue el saludo del joven.

—¿Ah, es usted…? —ella se sorprendió al verle, o al menos se hizo la sorprendida.

Se habían conocido unos días antes, si bien el encuentro había sido breve. Apenas un par de minutos. Después cada uno se fue por su lado.

—Sí, soy yo —contestó Andrew—. Acabo de salir de la mina. Supongo que resulta fácil deducirlo por lo tiznado que voy.

—Parece un negro con los ojos muy blancos, sí, en efecto —sonrió ella—. ¿Quiere que le lleve en mi coche?

—Le ensuciaría el tapizado. Gracias de todos modos.

—No sea exagerado —y miraba complacida el viril atractivo del hombre joven que estaba ante ella—. Además, aunque me lo ensuciara no me importaría.

—Mire, voy a hacerle una proposición. Invíteme a dar una vuelta el domingo, que por ser día festivo me permitirá presentarme ante usted debidamente aseado, ¿qué le parece? —A mí me parece muy bien —respondió ella.

—Pues la espero sin falta. A eso de las diez, ¿le parece? —y resultaba sumamente agradable y simpática su naturalidad.

—¿Dónde vive? —preguntó ella.

—En esa casa —se la indicó. Era de las primeras del primer núcleo —. Tengo alquilada una habitación a un viejo matrimonio.

—Le imaginaba viviendo con sus padres.

—No soy de aquí.

—¿Ah, no?

—Sólo estoy de paso —le informó.

—Pero trabaja en la mina.

—Sí —se limitó a decir en esta ocasión. Pero debió parecerle que había resultado parco en palabras, así que añadió:

El domingo le hablaré un poco más de mí mismo, ¿de acuerdo?

—Me encantará que lo haga.

—Y si me lo permite, la invitaré a almorzar. Después la llevaré a bailar. ¿Le gusta bailar? —Siempre que mi acompañante valga la pena.

—¿Lo valgo yo?

—No quiera que le recree los oídos.

—Yo voy a recrearle los suyos. Es usted, Yvonne, la muchacha más preciosa que he visto en mi vida.

—¿Más aún que esa Sandra por la que todos los hombres de por aquí han perdido la cabeza? —bromeó.

—No comparto el gusto de esos hombres. Sandra es una muchacha muy guapa, no voy a negarlo, pero…

—¿Pero qué? —preguntó.

—Creo sinceramente que en Sandra hay algo, ¿cómo le diría yo?, intranquilizador… —¿Intranquilizado!? —inquirió ella.

—No es normal que una muchacha como ella resida aquí —dijo Andrew—. Lo sería si recibiera de vez en cuando alguna visita masculina de categoría…

—¿Hombres de categoría por aquí? No los hay.

—Está su jefe. Laurence Dannat, ¿no es éste su nombre? —apuntó la posibilidad de un posible romance entre ambos.

—No creo que ni la conozca —y aclaró—: A mi jefe sólo le atrae el dinero.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Nunca ha intentado ligar con usted, Yvonne?

—Nunca.

—Además —repuso Andrew—, está Adrián Cinney, el dueño de la mina. Otro hombre rico, que podría ser…

—El señor Cinney está arruinado —le hizo saber Yvonne—, o tardará poco en estarlo. Lo dicho, faltan hombres ricos por esta zona.

—Lo que hace que me, reafirme en mi idea, no es normal que una muchacha como ella resida aquí. Hay algo bajo fondo, no lo dude. Un algo que ni usted ni yo sabemos, pero que evidentemente existe.

—En conclusión —dijo Yvonne—, me alegro de que no haya perdido la cabeza por Sandra. Bueno, pues nada más. Hasta el domingo.

—Hasta el domingo, Yvonne.

CAPITULO II

LA calavera se movía de un lado para el otro, a una altura normal. Como asimismo a una altura normal se dejaban ver los huesos de sus manos.

El resto no se veía. No aparecía el esqueleto al que debió corresponder aquel cuerpo. Como si aquel ex ser humano hubiera carecido de tronco y de extremidades. Bueno, de manos sí, puesto que aparecían sus huesos.

Conforme habían ido transcurriendo los minutos, Jonathan Brimmore se había ido abandonando a su propio miedo, a su propio pavor, y con un sudor copioso que puede decirse que bañaba toda su epidermis, ahora se hallaba a merced de las órdenes tajantes que estaba recibiendo.

—¡Te olvidarás de lo que has descubierto! ¡O como si lo hubieras olvidado porque no se lo dirás a nadie! ¡A nadie en absoluto! ¡Ni siquiera a tu hermano Albert…! —eran éstas las palabras que acababa de articular las mandíbulas de la calavera.

—De acuerdo… De acuerdo… —asintió Jonathan, sintiendo que el pulso, de puro acelerado y fuerte, le golpeaba en la garganta y en las sienes.

—Si me desobedecieras, acabaría con tu vida. Sería inexorable.

—Te obedeceré —prometió Jonathan—, Me olvidaré de lo que sé… Cualquier cosa antes que desafiarte. No, no me atrevo contigo…

Cerró los ojos por un momento. Sentía tanto miedo, tanto terror, que la verdad es que se sentía a punto de desvanecerse.

Sólo los tuvo cerrados unos brevísimos instantes. Pero al abrirlos la calavera ya no estaba allí. Había desaparecido de súbito entre la oscuridad de la galería.

No había tenido tiempo de alejarse, así que su evaporación, por calificarla de alguna manera, tenía que ser el resultado, indudablemente, de ese poder que, por lo visto, los muertos, o al menos algunos muertos, tienen sobre los humanos.

Esto al menos lo pensó Jonathan Brimmore, quien, al poco, había de oír la voz de su hermano mayor. Lina voz que quería hacerse oír, pero que pretendía hacerlo de un modo discreto.

—Jonathan, ¿dónde estás…? Soy yo, Albert…

No atinó a responder y la voz de su hermano volvió a dejarse oír.

—Sé que estás por aquí, Jonathan…

Tampoco contestó. No había conseguido asimilar su espanto.

Sentía cerrada la garganta, rotas o al menos inarticuladas sus cuerdas vocales. Todo en su ser permanecía como anquilosado.

—Soy yo —dijo Albert poco después, apareciendo ante su hermano —. ¿Por qué no me has contestado? —Interpretando a su modo aquel persistente silencio—. ¿Suponías acaso, que callando ibas a conseguir que retrocediera, que volviera sobre mis pasos? ¡Oh, no, Jonathan!, sé que has descubierto algo y quiero que me digas que es y dónde está.

—No, no puedo decírtelo —negó con la cabeza una y otra vez—. Decírtelo me costaría la vida…

—¿A qué viene esto? —barbotó Albert—, ¿Por qué iba a costarte la vida ser sincero con tu hermano?

—Me lo ha dicho la calavera… —y Jonathan, apoyado de espaldas sobre uno de los maderos que apuntalaban la galería, permanecía inmóvil, como si no se atreviera a moverse.

—¿Qué calavera? —inquirió Albert, torciendo el gesto.

Aquello que había oído no le había gustado nada.

—Me refiero al barón de Sandersson —le explicó Jonathan—. Murió hace ya varios cientos de años…

—¿Quéeee…? —inquirió.

—Amaba a una mujer joven y bella, pero ella le odiaba con toda su alma. ¿Quieres saber por qué le odiaba? —y Jonathan seguía con la espalda pegada a aquel madero qué apuntalaba la galería.

—Parece que hayas perdido el juicio… —Albert se mostró nervioso —. Hablas de un modo absurdo. Te refieres a una calavera, y a lo que esa calavera te ha dicho, con una naturalidad pasmosa… Oye. Jonathan, que los dos ya somos mayorcitos para…

—Se me ha aparecido. ¡Te lo juro, Albert! —jadeaba, aún, de miedo, de terror—. Me ha dicho que debo olvidarme de… Pero tú, ¿cómo sabes que yo he descubierto…?

—Hace días que te vigilo —le respondió Albert—. Porque hace días que tus ojos brillan de un modo increíble, desmesurado. Lo mismo que si hubieras encontrado un tesoro… ¿Se trata de eso?

—Sí, sí —asintió—. Bueno, se trata de algo parecido. Pero te lo repito, no puedo decirte nada…

—¡Déjate de insensateces y habla! —exclamó—. Si has dado con un tesoro, lo normal es que los dos, como buenos hermanos, nos aprovechemos de ello.

—Pero la calavera… —empezó a decir.

Albert sujetó a su hermano por el mono y le zarandeó con fuerza.

Quería hacerle reaccionar.

—Has sufrido una pesadilla —le dijo—. No ha podido tratarse más que de eso, ¿no lo comprendes? Reacciona, por favor.

—Pensarías de muy distinta forma si la hubieras visto —le aseguró Jonathan.

—Siempre has sido poco decidido, más bien medroso, pero de eso a asustarte de un modo tan ridículo por la imaginaria aparición de una calavera… ¡Vamos, Jonathan, que no tengo ganas de burlarme de ti!

—No nos parecemos de carácter —convino el hermano menor—. Tú siempre has sido decidido, audaz, pero te aseguro, Albert, que si hubieras visto a la calavera te habrías quedado tan tembloroso como yo.

—¡Y dale con la calavera! —le estaba fastidiando que su hermano le hiciera perder el tiempo de aquella forma. Y aclaró—: Quería quedarme rezagado, para reunirme contigo… Pero ese Andrew Mottes, el de la galería seis, se ha puesto a hablar conmigo y he tenido que salir con él, no me ha quedado otro remedio. Afortunadamente ha visto a Yvonne, esa muchacha rubia, la secretaria del señor Dannat, y se ha ido tras ella. Yo he aprovechado la ocasión para regresar aquí… Pero debemos, antes de que empiece el nuevo turno…

—Ya veo que no has creído nada de lo que te he dicho, nada de lo que te explicado.

—Ni palabra.

—Pero… —no cesaba de temblar y de sudar.

Aunque no, ahora volvía a sentir frío. Un frío horrible que se le calaba hasta los tuétanos.

—Ni palabra, Jonathan. Y si has pretendido contarme este relato —la idea acababa de ocurrírsele— para quitarme de en medio, pierdes inútilmente la saliva. Iremos a medias en este asunto te parezca bien o mal.

—No es por eso, te lo aseguro. Pero las amenazas de la calavera… —Y sin recuperar el resuello, muy lejos todavía de conseguirlo—: Aún no te he dicho por qué aquella muchacha odiaba al barón de Sandersson.

—Ni me importa saberlo. ¡Qué demonios!

Pero Jonathan sentía la necesidad de explicárselo, tal vez confiando en que su hermano, entonces, se hiciera más cargo de aquella situación totalmente desatinada, absurda e insensata.

—De todos modos te lo voy a decir… Tienes que saberlo —seguía temblando, y seguía jadeando. Pero ante todo seguía sintiendo un miedo horrendo, espantoso—. La calavera, bueno, el hombre que hace un par o tres de siglos todo el mundo conocía como el barón de Sandersson, le dio a firmar a la muchacha unos documentos… Abusó

de la confianza que ella le tenía, por lo que ella firmó sin ver qué había escrito, sin recelar nada.. ¿Y sabes de qué se trataba…? Aquel hombre, consiguiendo la firma de ella, acababa de vender al diablo el alma de la muchacha.

Albert Brimmore soltó una risotada.

Fue una risotada seca, breve, que tembló y retembló en la galería.

—No has debido reírte así… —dijo Jonathan temeroso de que aquello pudiera haber significado algo así como una profanación.

—¿Por qué no? —inquirió Albert—. ¿Acaso supones que yo soy tan cobarde y asustadizo como tú?

—No me has creíd… —no terminó la palabra, la respiración se le había entrecortado.

De nuevo estaba allí la calavera.

A unos ocho metros. Inmóvil, estática, pero sin quitar de ellos dos las cuencas vacías y tenebrosas de sus ya inexistentes ojos.

—¡Ahí está…! —gimió, avisando a su hermano.

Albert se hallaba de espaldas a la macabra aparición, por lo que no podía ver aquellos huesos descarnados a menos que se volviera.

Pero ante la exclamación de Jonathan, se volvió, y lo hizo de manera decidida. Sin el menor temor a lo que sus ojos pudieran ver.

Una vez visto, reaccionó. Pero no con el miedo ni con el terror que Jonathan esperaba en él. Todo lo contrario.

—¡Vamos a cazarle! —exclamó de pronto—. ¡Este truco está demasiado gastado para que yo me pueda impresionar!

Y se lanzó en pos de la calavera, la cual, de súbito, desapareció.

Por un instante, Albert Brimmore se detuvo. Aunque quizá simplemente porque Jonathan le había sujetado por un brazo, diciéndole, jadeante:

—No te arriesgues… No le persigas… Y salgamos de la mina cuanto antes…

—¡Hemos de averiguar quién es esa persona! —exclamó Albert—. Porque ten la seguridad de que es una persona, es un ser vivo. No puede ser el barón de Sandersson… Del Más Allá no se regresa…

—¿Tú crees? —la voz apenas salió de la garganta de Jonathan.

—Seguro. —Y dijo sin más—: ¡Corramos tras él!

—Pero si ha desaparecido… —objetó.

—No andará muy lejos —repuso Albert, convencido de lo que decía—. Así que hemos de encontrarle y de escarmentarle… Ciertas bromas están bien en un castillo encantado, pero sobran en un lugar como éste. Además, está de por medio tu secreto, lo que has descubierto, y esto puede tal vez significar… Pero, bueno, basta de palabras —y ya en la galería central, junto a las carretillas inmóviles sobre los raíles—. ¡Ve tú por ahí, yo iré en esa otra dirección!

Había sido una orden, y una orden terminante, así que Jonathan Brimmore, aunque seguía dominado por el pánico, no se atrevió a desobedecer a su hermano mayor.

Se fue en la dirección que Albert le había indicado.

Pero durante unos minutos los dos hermanos persiguieron a un ser inexistente. Por lo menos parecía serlo porque no daban con él por ninguna parte.

Le buscaron en varias de las galerías.

Ni rastro de él.

Hasta que de pronto se oyó un grito aterrador, un espeluznante alarido, una voz de hombre, crispada, convulsiva, tremolante, que llevaba impresa en sí misma el siniestro aleteo de la muerte.

Los dos hermanos se reunieron poco después. En la galería tercera, a pocos metros de la entrada.

Allí estaba la calavera…

Pero aquella calavera no era más que un traje negro, totalmente negro. Y una máscara negra y unos guantes asimismo negros. Pero en la máscara llevaba pintados, de un color blanco fosforescente, los huesos de una cañavera, y en los guantes, los huesos de las manos… De ello que, en medio de la oscuridad, aquel disfraz equivaliera a parecer una calavera viviente. De ello, asimismo, que hubiera podido aparecer y desaparecer con tanta prontitud. Para lograrlo le había bastado dar la vuelta, ofrecer la espalda.

Alguien había acabado con su vida clavándole un pico en mitad del pecho. Bueno, no exactamente en la mitad, un poco más a la izquierda. Exactamente donde, instantes antes, le latía el corazón. Donde no volvería a latirle nunca más.

De la profunda hería fluía sangre. Una sangre pegajosa y caliente con la que Jonathan Brimmore se manchó las manos al acercarse a él.

—¿Ves, Jonathan…? —inquirió Albert, tras quitar aquella máscara y ver que se trataba de Jerry Cribbins.

Era uno de los trabajadores de la galería quinta. Era aquel jovencito al que no le gustaba el trabajo en la mina. El aseguraba que la vida tenía que ser algo mejor, mucho mejor que todo aquello.

—Es Jerry… —murmuró Jonathan.

—Quería asustarnos —dijo Albert—, Pero, pero… —el tono se le alteró—, ¿por qué le has matado? No has debido llagar a tal extremo…

—¿Matarle yo…? —a Jonathan se le quebró la voz de tal modo y forma que dio la impresión de que se le había hecho añicos—. ¿Cómo puedes creer que yo le haya matado…? ¡Oh, no!

—Su sangre te ha manchado —observó Albert, reparando en las manchas rojas pegadas a las manos de su hermano.

—Ya comprendo —repuso Jonathan—, le has matado tú y quieres achacarme la muerte a mí.

—Yo no le he matado —aseguró Albert—. Por lo demás, me molesta que niegues tu culpa… Es un hecho bien claro… Muy claro, al menos para mí… Porque si yo no lo he matado, has tenido que hacerlo tú…

—Yo soy incapaz de matar a nadie —Jonathan se miraba aterrorizado las manos manchadas de sangre—. Tú lo sabes de sobra.

—Has debido tener más cuidado, esa sangre puede crearte problemas —pero Albert, como dando un manotazo a lo ya irremediable, fue directo a lo concreto, a lo práctico, y exclamó—: ¡Hemos de salir de aquí sin que nadie nos vea!

—Pero Jerry Cribbins está muerto —dijo Jonathan.

—Precisamente por esto —resumió Albert Brimmore—, No nos interesa seguir a su lado ni un segundo más.

—Claro, quieres que no descubran que tú le has matado —murmuró Jonathan.

—Quiero que no descubran —zanjó Albert— que le has matado tú.

* * *

Jonathan y Albert vivían solos. Sus padres habían fallecido hacía ya tiempo. Ellos ponían buena voluntad por desenvolverse bien, pero la casa nunca estaba limpia ni aseada. A todas luces faltaba allí una mujer.

—Convendría que te casaras —le había dicho Albert a Jonathan en cierta ocasión.

—¿Y por qué no te casas tú? —había sido la respuesta y a su vez la pregunta de Jonathan.

Albert Brimmore, serio, grave, casi trágico, había de responderle.

—Estoy enamorado de "Sandra. He de casarme con ella.

—¿Con Sandra? —no esperaba aquellas palabras—. ¿Deliras acaso? Sandra es una muchacha muy guapa, muy atractiva, que puede pedir lo que desee.. Mucho más que un minero…

Aquella tarde, al regresar de la mina, se fueron directamente a su casa. Una vez bajo aquel techo ambos dieron un suspiro de alivio, pues, afortunadamente, no se habían encontrado a nadie en el camino. Ni nadie, por lo demás, les había visto salir del lugar donde se había cometido el crimen.

Estaban, por tanto, al margen de toda sospecha. Nadie podría achacarles la muerte de Jerry, Cribbins.

—No podré dormir esta noche —murmuró al poco Jonathan—. Pensar que le hemos dejado con el pico clavado en el pecho…

—En el corazón —puntualizó Albert—, a juzgar por lo

contundentemente que ha perdido la vida. Pero ahora, ante todo, vete a lavarte esas manchas de sangre.

—Sí.

—Luego hablaremos.

—¿De qué…? —preguntó Jonathan, deteniéndose.

—¿De qué va a ser? De lo que has descubierto en la mina… Hay allí un tesoro, ¿no es eso lo que me has dicho?

—Algo muy parecido —confesó.

—Ahora puedes explicármelo todo sin miedos tontos. Ya has visto que la única pretensión de la calavera era asustarte, acobardarte… ¿Sabes lo que te digo?, Jerry Cribbins debió verte cuando encontrabas eso, lo que sea, ya me dirás de qué se trata, y ha querido de ese modo tan excéntrico quedárselo todo para él, solo para él… Pero, bueno, lo dicho, hablaremos después… Ahora límpiate la sangre… Nadie debe saber lo que has hecho…

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó Jonathan.

—Le has matado —dijo Albert—. ¿Te parece poco? Pero no te alarmes, yo te ayudaré. Nadie averiguará nunca lo sucedido.

Aquella noche, hasta las tantas, Albert y Jonathan estuvieron hablando. En voz baja, sigilosa, como temiendo que alguien pudiera oírles.

—En la galería cuarta, donde nosotros trabajamos, hay un filón de oro… le había explicado Jonathan a su hermano—. Está por ese lado donde, por no encontrarse ya carbón, se ha dejado el trabajo interrumpido.

Y sí, estuvieron hablando de ello durante horas y horas.

Hasta que llamaron a la puerta.

Fueron a abrir y se encontraron con una muchacha de unos veinte años, bajita, frágil.

—No debiera venir a molestaros a estas horas —dijo Sarah, que este era su nombre—, Pero Jerry no ha vuelto todavía y estoy muy preocupada…

Se trataba de la hermana de Jerry. De su hermana mayor, pues tenía otra de unos quince años.

—¿Jerry no ha vuelto todavía? —Albert se hizo el asombrado.

—Qué extraño… —añadió Jonathan con poca consistencia en la voz.

—¿No le habéis visto? —preguntó Sarah.

—En el trabajo, como cada día —dijo Albert, prefiriendo responder él a esperar que lo hiciera su hermano—. Luego no… Yo he salido de la mina con Andrew… Andrew Mottes, ya le conoces…

—Sí, es un muchacho muy agradable —asintió Sarah.

—Yo he salido un poco después —repuso Jonathan, consciente de que él por su parte también debía decir lo suyo—, pero tampoco le he visto.

—Se habrá ido a la taberna —sugirió Albert—.No debes estar preocupada por esto. Estará bebiendo unas copas y jugando un par de partidas a las cartas con los amigos.

—Jerry no bebe ni juega. Además, Jerry es incapaz de hacerme esperar tanto sin antes hacérmelo saber… —y añadió—: Desde que murió mamá, Jerry no tiene secretos conmigo. Todo me lo cuenta.

Se crispó la expresión de Albert. Si Jerry se había hecho pasar por una calavera, eso significaba, estaba claro, que sabía lo del filón de oro y que había decidido actuar de aquel modo para quitar a Jonathan de su camino. Y si Jerry no tenía secretos con Sarah, si todo se lo contaba, eso significaba asimismo que Sarah debía saber también…

—Oye, últimamente está un poco raro, ¿verdad? —le preguntó a la muchacha queriendo ver como ella reaccionaba—. No sé, pero a mí me parece que le Pasa algo.

—Conmigo está como siempre —repuso Sarah—. No, no le pasa nada que yo sepa. Como no sea que… —y se detuvo.

—¿Qué? —inquirió Albert.

—Que la causante sea Sandra. El otro día les vi hablando, ella se reía de él.

—Sandra se ríe de todos —opinó Jonathan.

Mereció una desaprobatoria mirada por parte de Albert. Evidentemente aquel comentario le había caído mal.

Pero, bueno, pensó. Albert, lo que tenía importancia en aquel momento no era juzgar a Sandra, sino saber si la hermana de Jerry sabía lo del filón de oro.

—¿Quieres que vaya a la taberna a ver si le encuentro? —se ofreció amablemente—. Mejor, vayamos juntos y por el camino me dices si recuerdas algo que haya podido decirte últimamente, que pueda dar una explicación…

—Ahora que recuerdo —dijo Sara al sentir fija y penetrante la mirada de Albert clavada en ella—. El otro día hizo alusión a…

—¿A qué? —preguntó Albert.

—A lo agradable que sería que pudiéramos vivir en una casa grande y lujosa, teniendo un coche último modelo, con un flamante chófer siempre dispuesto a abrirnos gentilmente la portezuela… Fue un comentario —añadió Sarah— que me tomé a broma. Claro, ¿cómo iba a tomármelo. Pero, no sé, ahora, en este momento, es como si presintiera que Jerry me hablara en serio… Completamente en serio… Resulta absurdo, ya lo sé, Jerry no saldrá nunca de minero, lo mismo que vosotros…

—Al menos este parece nuestro sino —intercaló Jonathan, pero algo enigmático fluyó de lo que quiso que fuera un mero comentario.

—Te acompaño a la taberna —decidió Albert—. Bien mirado, sí, resulta raro que a estas horas no haya aún regresado a su casa.

—Gracias, Albert —agradeció la muchacha.

—Hasta la vista —dijo Jonathan, despidiéndose de ella con agrado y simpatía porque la chica siempre le había gustado.

CAPITULO III

YVONNE, la rubia y bonita secretaria de Laurence Dannat, recordaba perfectamente la cita que tenía con el joven minero. Un joven alto y apuesto por el que se había sentido profundamente atraída desde el primer momento de conocerle. De ello que dos días antes detuviera su coche cerca de la mina a la hora en que salían los trabajadores. Detuvo su coche como de un modo casual, pero lo hizo a sabiendas. Deseaba volver a ver a Andrew Mottes.

Serían las diez menos cuarto, y se disponía ya a salir hacia la cita concertada, cuando Laurence Dannat le pidió que le hiciera un trabajo.

Era domingo, no era día de trabajar. Pero Yvonne estaba pasando unos días en aquella casa, como invitada, así que en realidad no pudo negarse.

—Lo que usted mande, señor Dannat —contestó ella.

Siempre respondía lo mismo cuando su jefe le pedía algo. De este modo había conseguido convertirse en algo primordial e insustituible para él.

Yvonne se hizo la ilusión de que aquel trabajo que acababa de serle encomendado podría llevarlo a cabo en poco tiempo. Sólo se trataba de escribir una carta a máquina.

Pero cuando ya la tenía escrita, le entretuvo la hermana del señor Dannat. Se llamaba Caroline y era una mujer de mediana edad, de muy precaria salud, que se había quedado soltera y a quien le encantaba la compañía y el trato de Yvonne.

Pero Andrew Mottes, en aquellos momentos, no se hallaba pendiente de la llegada de la muchacha. Recordaba perfectamente que ella iba a ir a buscarle en su coche y la idea, no sólo le encantaba, sino que le hacía sentirse feliz y afortunado.

No obstante, Andrew Mottes, enterado del asesinato que se había cometido en la persona de Jerry, y sumamente afectado por el hecho, como el resto de sus compañeros, se había propuesto, anteponiendo la obligación a la devoción, ver de esclarecer lo sucedido.

El inspector de policía se había personado en la mina, había descendido hasta el lugar del crimen, pero había salido de allí sin

deducir más de lo que ya era evidente. Que alguien había acabado con la vida de Jerry Cribbins clavándole un pico en el pecho, incrustándoselo con brutal fuerza en medio del corazón.

Andrew Mottes se propuso indagar por su lado. Se propuso empezar a poner en acción a los personajes, como si de una de sus novelas policiacas se tratara. Quizá, al avanzar la historia, los propios personajes le fueran indicando por sí solos el cómo y el porqué de lo sucedido.

Se le ocurrió el ir a hablar con Sandra. Por alguna parte tenía que empezar. Sabía que todos los hombres de la localidad, de una manera o de otra, estaban vinculados a ella, aunque sólo fuera de una forma puramente esperanzadora. Podría muy bien ser, pues, que de la conversación con ella brotara ese vestigio, ese indicio imprescindible para seguir adelante.

Conocía a Sandra. La había visto en más de una docena de ocasiones. Pero lo cierto es que cuando ella le abrió la puerta de su casa y le invitó a pasar, al tenerla cerca, quedó profundamente impresionado de su atractivo, de su belleza.

El rostro de Sandra era perfecto, de rasgados ojos, y de labios anchos y carnosos que parecían invitar y prometer más de lo que sin duda iban a dar. Era alta, y sus senos resultaban abundantes, enhiestos y desafiantes. La cintura se le moldeaba en una brevedad increíble, siendo prólogo de unas caderas que se ensanchaban hasta alcanzar la proporción ideal. Sus piernas, largas y rectas, eran dignas de un concurso de belleza. —¿Desea hablar conmigo? —preguntó ella—. Ha dicho eso, ¿no?

—En efecto —contestó Andrew Mottes—. Necesito que alguien me ayude.

—Lo haré encantada —sonrió Sandra—, Pase usted, pase… Dígame de qué se trata —no obstante antes de recibir respuesta, preguntó—: ¿Le apetece un whisky?

—Un whisky nunca cae mal —respondió él—, Gracias.

Ya con el vaso en la mano, Andrew miró una vez más a la belleza que tenía ante sus ojos. —Venía a hablarle de Jerry.

—¡Oh, pobre Jerry! —exclamó ella—. ¡Qué muerte más horrible la suya! ¿Quién habrá podido ser el desalmado…?

—Eso es precisamente lo que yo quisiera saber.

—La misión compite al inspector de policía.

—La policía, a veces —detalló el joven— actúa con excesiva lentitud, y yo, por naturaleza, soy un hombre impaciente. Me gusta que las cosas se aclaren pronto.

—Usted trabaja en la mina —dijo ella—, pero según me han dicho es escritor.

—Está bien informada —y bebió un trago de whisky.

—Me lo ha dicho Albert…

—¿Albert? —inquirió.

—Albert Brimmore —aclaró.

—Se asegura de que está muy enamorado de usted.

—De mí están enamorados todos los hombres. Bueno —sonrió— todos no sé… Aún no sé lo que respecto a mí opina usted… —y la mirada se le hizo sumamente maliciosa. —Opino —repuso Andrew— que tiene usted planta de mujer peligrosa. Excesivamente peligrosa si he de decirle exactamente lo que pienso.

—No le gustan las mujeres como yo, por lo menos esto parece desprenderse de lo que acabo de oír…

—Depende —dijo él.

—¿Cómo…? —su mirada pasó de maliciosa a sumamente insinuante y prometedora.

—Depende de para qué… —respondió el joven—. Si sólo es para pasar un rato, no hay objeción… Ya me entiende… Pero he venido aquí —puntualizó, antes de que ella se lanzara al ataque, a lo que la veía presta— a hablar de Jerry. ¿Qué puede decirme de él?

—Decía que me quería —en la respuesta no hubo emoción ninguna.

—¿Y usted? —y bebió un sorbo de whisky.

—¿Yo qué? —preguntó ella.

—Supongo que no le correspondía…

—Era sólo un crío.

—Por lo que dice prefiere a los hombres mayores.

—No demasiado mayores, no vaya a surgir malos entendidos entre nosotros. Unos treinta años es una buena edad para un hombre. Los que debe tener usted, ¿no? —era peligrosa, sumamente peligrosa, no cabía ponerlo en duda.

—Veintinueve para ser exactos —aclaró Andrew. Pero quiso volver al tema que le había llevado allí—. ¿Cuándo vio a Jerry por última vez?

—Hará unos tres días.

—¿Le dijo algo en particular?

—No que yo recuerde…

—Esfuércese por recordar, se lo ruego.

—¡Pues sí! —exclamó Sandra—, Ahora que lo pienso mejor… Me dijo que tenía la corazonada de que algún día llegaría a ser rico, muy rico.

—¿Y usted qué le respondió? —quiso saber Andrew.

—Lo que respondo siempre a todos los hombres. Que primero

conquisten el mundo y lo pongan a mis pies, que luego hablaremos.

De pronto, tras terminar de beber el whisky, surgió la inesperada pregunta del joven. —¿Por qué vive aquí, Sandra, entre mineros? Un minero nunca podrá poner el mundo a sus pies.

—Alguno quizá lo intente —sonrió ella.

Se limitó a esta respuesta.

* * *

Los Weaver, que tenían alquilada una habitación a Andrew Mottes, eran un matrimonio de avanzada edad. Él había sido minero durante muchos años y actualmente vivía de la pensión que percibía. Esta no era mucha, así que andaban con algún que otro apuro. Bueno, eso era antes Ya no desde que Andrew convivía con ellos en su humilde morada. Les pagaba por la habitación y por la manutención mucho más de lo que le habían pedido. Ahora podían darse el lujo de ahorrar alguna que otra libra.

Bastante nerviosa y excitada ante los hechos acaecidos, la señora Weaver, que recordaba la historia del barón de Sandersson, se la había oído referir a su madre en más de una ocasión, recibió a su joven huésped con esta pregunta.

—Que, ¿ha conseguido averiguar algo? Me refiero a la muerte del pobre Jerry.

—Mujer, no seas indiscreta.. —empezó a decir el marido, un hombre muy parco en palabras.

—No me molesta en absoluto que su esposa me pregunte —repuso Andrew—. Pero no, no he conseguido averiguar nada. De todos modos, de mí conversación con Sandra he deducido que Jerry Cribbins sabía algo… Algo importante que le permitía soñar, y soñar con mayúscula.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó de nuevo la anciana, mientras su marido seguía callando.

—No lo sé —reconoció Andrew. Y preguntó a continuación—. Supongo que ha venido a buscarme una muchacha, ¿verdad?

—No —la señora Weaver movió negativamente la cabeza—, no ha venido nadie. ¿Tenía que venir?

—Si —asintió, y al joven se le ensombreció el semblante—. Pero por lo visto se ha olvidado de mí.

—Me extraña que una muchacha, cualquiera que ésta sea, pueda olvidarse de usted — repuso la anciana—. Los hombres tan bien dotados físicamente como usted, suelen ser, sin excepción, unos rompecorazones…

Como si las palabras de la anciana equivaliesen a una profecía, se oyó en aquel momento el sonido de un claxon. Un sonido que se repitió insistentemente, por lo visto no queriendo pasar desapercibido.

—Ahí la tiene usted… —habló esta vez el marido.

—Eso parece —sonrió Andrew despejado ya por completo su semblante.

Instantes después, muy bien trajeado, impecable, salía de la casa. Allí mismo vio detenido el pequeño coche de color claro de Yvonne. Ella iba al volante, con la melena rubia, suelta, ofreciendo una sonrisa encantadora.

—¿Me va a perdonar que haya llegado tarde?

—Claro que sí —le devolvió la sonrisa. No le dijo que él había estado ausente.

—Ha sido a pesar mío, se lo aseguro.

—La creo —y ya dentro del coche, Andrew añadió—. Lamento no tener aquí mi Mercedes. Usted se merece ir de paseo con algo mejor que este utilitario.

—¿Su mercedes? —se rio ella—. Ya veo que tiene sentido del humor.

—Trabajo en la mina, ¿sabe?, pero no soy minero —le replicó él cuando creyó llegado el momento de hacerlo—. Soy novelista del género policíaco. Mis novelas se venden mucho y la verdad es que mis cuentas corrientes están en una situación bastante buena, de ello que me haya dado el gusto de adquirir un Mercedes último modelo. Pero no podía traerlo aquí, mis compañeros de la mina lo hubieran considerado, y no sin razón, una nota de mal gusto por mi parte. Hubiera sido, desde luego, alardear innecesariamente de algo de lo que, desgraciadamente, ellos no pueden disponer.

Yvonne se había quedado con la boca abierta.

—Entonces, ¿no es usted un simple minero? —acertó a preguntar.

—No.

—Entonces, ¿es usted un hombre rico?

—Espero que no le moleste.

—Eso no molesta a ninguna muchacha —reconoció ella—. Pero conste que yo venía a buscarle creyéndole un minero.

—Lo que me hace suponer que le caigo bien.

—No voy a negárselo. Sería un poco tarde para eso, ¿no le parece?

—Me parece que sí. Bueno, puede darle al acelerador. Usted me debe un paseo en coche y yo le debo un almuerzo y luego llevarla a bailar. Ambos hemos de cumplir lo prometido.

CAPITULO IV

SARAH CRIBBINS no era una muchacha asustadiza, por lo que decidió, así que las sombras de la noche empezaron a posesionarse de la oscura hondonada que era aquella zona de la localidad de Collingttan, salir de su casa y encaminarse hacia la mina.

Parecía estar segura de que allí vería algo, o se encontraría con algo, que le haría comprender quien era el asesino de su hermano.

De momento sólo sabía que Jerry, para asustar a alguien, había intentado hacerse pasar por una calavera. A esta deducción había llegado no sólo el inspector de policía, sino también sus compañeros de trabajo. Pero, ¿para qué querría Jerry asustar a…? ¿A quién…? Lo ignoraba. Pero resultaba evidente, o por lo menos todo lo hacía presumir así, que ese alguien era quien había acabado con su vida, ¿O acaso alguna otra persona? Era posible, había que admitirlo. De todos modos, al asesino le había bastado con coger un pico y clavárselo en medio del corazón.

Hacía frío, se había levantado un aire muy molesto, y empezaba a lloviznar. Sarah, estremeciéndose, se arrebujó mejor en su modesto abrigo.

Pero su estremecimiento no sólo había sido debido a la inclemencia del tiempo. Acababa de dominarle una sensación extraña, como si una voz queda, muy queda, pero a la vez fuerte e imperiosa, le estuviera indicando que la Muerte, con su guadaña, rondaba por allí.

¿Pero quién iba a querer matarla a ella? Resultaba absurdo pensar en eso.

Sin embargo, ¿acaso no resultaba también absurdo que alguien hubiera matado a su buen hermano Jerry? Como absurdo era, asimismo, que Jerry se hubiera hecho pasar por una calavera…

A Sarah le pareció ver que alguien se protegía tras unos maderos amontonados allí cerca, unos maderos destinados a apuntalar nuevas galerías.

¡Pero no se asustó demasiado! Además, era preciso que viera de quién se trataba. Si retrocedía se quedaría sin saber nada.

Encaminó hacia allí sus pequeños pasos. Si, pequeños y medrosos

pasos. Porque aunque no se había asustado demasiado, sí se había asustado lo suficiente para empezar a sentir un desagradable hormigueo en la nuca.

Instantes después se detuvo.

Acababa de darse cuenta de que jadeaba.

Un jadeo lento, entrecortado, angustioso.

Se lo pensó dos veces y decidió retroceder. Notaba que gruesas gotas de sudor se le deslizaban por la frente.

Pero si retrocedía, ¿Cómo iba a averiguar quién se había protegido tras los amontonados maderos? Valor, valor, se dijo.

Decidida a no decepcionarse a sí misma, dio unos cuantos pasos hacia adelante. Pero no hizo falta que llegara hasta los amontonados maderos para ver quién se encontraba allí. De pronto la aparición surgió ante ella.

¿Pero que era exactamente lo que se dejó ver ante los desorbitados ojos de la muchacha?

Era una calavera…

Y los descarnados huesos de unas manos…

Nada más.

El resto no existía.

¿Pero a quién pertenecían esos huesos que se movían ante ella como en una danza diabólica?

¿O tan sólo se trataba de un macabro disfraz?

No podía saberlo.

Desde luego que no.

Pero un extraño y angustioso miedo se adueñó de Sarah. Un miedo espantoso que la sacudió desde las uñas de los pies hasta la punta de sus cabellos.

Se convenció de que la calavera que ahora estaba ante ella no era un mero disfraz. Era una calavera auténtica.

Acababa de recordar cierta vieja historia. La historia se remontaba a muchos y muchos años atrás. Sucedió en un pequeño y abandonado cementerio. La vieja que lo vio todo, acabó recluida en un manicomio. Nunca más volvió a recobrar la razón, si es que ciertamente la había perdido.

Sí, debía ser auténtica la calavera. Sin duda se había escapado de algún ataúd roto y carcomido por el transcurso del tiempo, de alguna tumba cuya lápida ese mismo tiempo habría desencajado de su sitio. Aunque si ciertamente se trataba del barón Sandersson, había vendido su alma al diablo.

Pero no, en buena lógica Sarah no podía creer en seres del otro mundo que vuelven a éste. Siempre había sido una muchacha sensata y razonable.

La calavera se acercó a la muchacha, mientras los huesos de sus manos aparecían y desaparecían aquí y allá. La calavera movía sus desencajadas mandíbulas, pero éstas no emitían sonido ninguno.

Dominada por el miedo, Sarah esperaba oír una voz hueca, vacía, propia de un ser del otro mundo. Pero la voz callaba.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar.

No hubo respuesta.

—Dímelo —insistió la muchacha, haciendo, no obstante, un esfuerzo enorme, increíble.

—Soy el asesino de tu hermano —y la voz, hueca, vacía, había salido finalmente de entre aquellas mandíbulas.

—¡Maldita calavera! —exclamó Sarah.

Pero encararse a la demencial aparición era demasiada osadía por su parte. Era afrontar un riesgo excesivo, si es que el riesgo excesivo no estribaba ya en seguir allí.

Lo sensato hubiera sido echar a correr, escapar de allí. Con toda la agilidad de sus piernas, que podía ser mucha pues tenía apenas veinte años.

Pero un nuevo hormigueo en la nuca, éste más pronunciado que el anterior, le hizo comprender que ya era tarde para eso. Fue en el mismo instante que, al encenderse una ventana en una de las casas más cercanas, quedó momentáneamente rasgada la oscuridad de la noche. Debido a lo cual pudo ver como aquellos huesos descarnados, los de las manos, se agachaban hasta el suelo.

Acababan de coger un pico.

Los ojos de Sarah se desorbitaron en un repentino gesto de horror, de profundo, infinito e indescriptible horror. Un grito atroz se escapó de sus labios. Su rostro se convulsionó.

De las mandíbulas de la calavera brotó en aquel momento un resuello que parecía tener algo que ver con la pegajosa y macabra humedad de una tenebrosa ultratumba.

El pico se alzó en el aire…

Sarah jadeaba, temblaba, sudaba. Todo a la vez. En una tétrica mezcolanza.

Un instante después el pico bajaba, dominado su mango por una fuerza salvaje, sencillamente brutal.

El pecho jadeante de Sarah se vio acometido por un bárbaro, horrendo y desalmado golpe. Un golpe que hizo que la punta del pico se le metiera dentro, tan adentro que casi puede decirse que atravesó su frágil cuerpo de parte a parte.

Un chorro de sangre brotó al instante de la espeluznante herida.

Una sangre por la que se le fue la vida.

* * *

Andrew Mottes conducía el coche.

—¿Me dejas conducir? —antes de reemprender el regreso, había solicitado el permiso a la muchacha—. No me va eso de estar inactivo.

—Tuyo es el volante —dijo ella.

Lo habían pasado muy bien. Dieron un bonito y largo paseo en el coche, luego almorzaron magníficamente en un típico restaurante y después se fueron a bailar a una discoteca.

Poco en verdad pudieron decirse allí, la música sonaba tan fuerte, ruidosa y estridente que parecía querer destruir los tímpanos. Pero pudieron bailar muy juntos y besarse un par de veces. Luego se fueron de allí porque la música volvía a ser de ritmo, de puro ritmo, para quinceañeros, y se trataba de bailar cada uno por su lado. A Andrew Mottes le gustaba tener cerca a su pareja, entre sus brazos.

Ahora, ya de noche, regresaban. Ya faltaba poco para llegar a Collingttan. De un momento a otro surgiría la mina.

De súbito, el joven detuvo el coche.

—Mira, Yvonne, mira allí…

La muchacha miró en aquella dirección.

—Ya miro, pero no veo nada —contestó—. ¿Qué he de ver? ¿Qué pasa?

—He visto una calavera.

—¿Has dicho una calavera…? —se atragantó Yvonne.

—Sí —afirmó el joven. Y exclamó sin necesidad de reflexiones que sólo le hubieran conducido a perder el tiempo—. ¡Voy a perseguirla!

—¡Oh, no me dejes sola! —la muchacha, asustadísima, se aferró al brazo de él. —Déjame —Andrew sé soltó de ella—. Es necesario que nos encontremos cara a cara. Abrió la portezuela y se precipitó fuera del coche. E instantes después corría hacia donde había visto la alucinante aparición.

Por un momento temió que la calavera se le hubiera escapado, pero de pronto se dio cuenta de que la tenía cerca. Había corrido lo suficiente para darle alcance.

Consciente, por lo visto, de que puesto a correr Andrew Mottes llevaba de antemano las de ganar, la calavera se había detenido, escondiéndose lo mejor que pudo tras la fachada de una casa.

Pero el joven le descubrió, se lanzó hacia allí y se precipitó sobre ella.

Debía estar esperándole, pues la acogida no fue nada cordial. Apenas llegó a su lado, vio brillar un cuchillo en medio de esos huesos descarnados que eran sus manos. Pero esto visto de lejos, de cerca sus manos no eran más que unos guantes negros, donde los huesos habían sido pintados de un blanco fosforescente.

Sujetó el brazo del ser vivo, que había querido dárselas de ser del

otro mundo, y consiguió inmovilizárselo. Pero el arma seguía en poder de su enemigo y Andrew se dijo que debía actuar con muchas precauciones. De lo contrario no volvería a escribir ninguna otra novela. Aquélla, la suya propia, sería la última.

La persona que escondía su rostro tras la máscara negra, donde asimismo tos huesos habían sido pintados de ese mismo color blanco fosforescente, se rebeló furiosamente. No estaba dispuesto a ser desenmascarado.

En el forcejeo, y ante la presión que Andrew infirió a su muñeca, no le tocó otro remedio que soltar el cuchillo. Pero entonces redobló su furia. Lo dicho, no estaba dispuesto a que su identidad fuera descubierta.

Llegó el turno a los puñetazos. A los que Andrew dio y a los que, a pesar suyo, le tocó recibir.

Pero la calavera llevaba las de perder. Su constitución física desmerecía bastante de la del joven minero, o la del joven escritor, como se prefiera. Comprendiéndolo así, debió pensar que su única oportunidad estribaba en huir. Y sí, consiguió huir. Pudo y supo aprovechar un momento favorable.

Echó a correr hacia otro de aquellos núcleos de modestas viviendas. Allí le sería mucho más fácil despistar a su perseguidor.

Este, no obstante, se lanzó de nuevo en su persecución. Estaba decidido a darle total y definitiva caza.

Ya entre aquel núcleo de pequeñas casas, algunas aún con iluminación en sus ventanas, Andrew Mottes vio otra vez a la calavera. La vio, en realidad, más pronto de lo esperado.

Ya que había conseguido huir, lo lógico hubiera sido que aprovechara la ocasión y se alejara más y más, todo lo posible.

Pero sí, acababa de ver de nuevo a la calavera. Estaba allí mismo, junto a la pared de una casa, acurrucada.

Al llegar a su lado, Andrew se precipitó sobre su cuerpo. Le agarró fuerte. No dejaría que volviera a escapársele.

Pero pronto se dio cuenta de aquel cuerpo era pesado, como hecho de plomo. Apenas pudo zarandearlo.

En conclusión, quien permanecía echado en el suelo, era, simple y llanamente, un tal Robert. Un pobre viejo al que todos conocían. Se pasaba el día en la taberna y siempre acababa borracho. Cada día lo mismo.

Debido a su última borrachera, había caído dormido en aquel lugar. Roncando aparatosamente, debía haber resultado una víctima oportuna, y propiciatoria, para que la calavera le colocara su máscara y sus guantes.

Un modo como otro de ganar la partida. Al menos de ganarla de

momento.

Cuando Andrew Mottes se dio cuenta exactamente de lo que había sucedido, ya era tarde para insistir en la persecución.

* * *

Cuando Jonathan Brimmore entró en su casa, su hermano Albert acababa a su vez de llegar.

—¿Te has enterado de lo que ha sucedido a Sarah? —preguntó Jonathan, y el aliento apenas le funcionaba, le costaba entrar y salir de los pulmones.

—Si —contestó Albert. Y añadió—: Llevas demasiado lejos tus acciones. Acabarán descubriéndote.

—¿Qué…? —protestó Jonathan—. ¡Pero si yo no he hecho nada! ¡Nada en absoluto! — y quiso dejar constancia de algo bien cierto—. Si Sarah era una chica muy simpática, que me gustaba mucho… ¿Cómo puedes suponer que yo haya podido ser capaz…?

—Si Jerry sabía lo del filón de oro, debió decírselo a su hermana… —razonó Albert—, Y llegando a esta sencilla conclusión, habrás considerado conveniente eliminarla…

—¡Tú te has vuelto loco! —exclamó Jonathan—, ¡Creer eso de mí! Pero no —se rectificó a sí mismo—, no se trata de eso, sino de que quieres despistar…

—¿Qué insinúas? —barbotó Albert—. ¿Qué es lo que según tú yo quiero despistar? — pero sabía de sobra a lo que su hermano se estaba refiriendo.

Como en anterior ocasión, cuando apareció el cadáver de Jerry, se estaban achacando mutuamente el hecho acaecido.

—¡Tú has acabado con la vida de Sarah! —la acusación de Jonathan, a pesar de su carácter, sonó implacable—, ¡Como acabaste con la de Jerry!

—No vuelvas a decir eso. ¡No es cierto! y lo sabes de sobra… El asesino eres tú.

Finalmente optaron por no acosarse más el uno al otro. Hacerlo no les conducida a nada. Ninguno aceptaba la culpa. Los dos aseguraban ser inocentes. Valía la pena, pues, dejarlo todo como estaba.

—Bueno —terció Albert un rato después—, vale más que vayamos directo a lo que nos interesa, a nuestro plan… Un plan conjunto —agregó— en el que nos repartamos las ganancias a partes iguales.

—Tú llevas alguna idea metida en la mollera, ¿no es eso? —preguntó Jonathan.

—¿Acaso tú no?

—Sólo una —especificó—, pero la mía no entraña riesgo ninguno. Empieza por exponer la tuya.

—Seguiremos trabajando en la mina como si nada hubiéramos

descubierto —repuso Albert—. Pero mientras yo saco carbón, tú sacarás oro… O yo sacaré oro mientras tú sacas carbón. ¿Acaso no trabajamos solos en la galería cuarta? Pues más sencillo no podemos tenerlo.

—Y una vez el oro en nuestro poder, ¿qué? —quiso saber.

—Haces preguntas tontas, Jonathan. Venderemos el oro y nos haremos ricos.

—Pero la mina no es nuestra y eso sería un robo. Y los robos están penados por la ley…

—demostró, desde luego, ser el menos decidido de los hermanos.

—Nadie se enterará del oro que poco a poco iremos sacando de allí. Nadie tiene por qué enterarse. A propósito —subrayó— si mi plan no te parece bueno, ¿cuál es el tuyo? Alguno debe ser, otra cosa no tendría sentido.

—Sí, claro —admitió Jonathan.

—Dímelo.

—Si te lo digo, quizá te dé por reír…

—¿Acaso se trata de un chiste?

—Puede parecértelo.

—Bueno, de todas maneras dime lo que sea.

—He decidido… —pero se detuvo, como avergonzado de lo que iba a exponer. —¿Qué has decidido? —preguntó.

—Casarme —dijo Jonathan.

—¿Casarte? —se sorprendió Albert. No parecía el momento idóneo para hablar de temas sentimentales—. ¿Casarte con quién?

—Ya que Sarah no existe, ya que Sarah ha muerto… Pues con la hija del señor Cinney, el dueño de la mina.

—¿Casarte tú con Susannah? —y como si ciertamente se tratara de un chiste, y de un chiste muy bueno, Albert se echó a reír a carcajadas —. ¿Pero te la has mirado bien…? Susannah Cinney era jorobada y fea.

Nunca había tenido novio. Ningún hombre se había atrevido con ella. Sin duda, todo hay que decirlo, porque su padre estaba en una muy comprometida situación económica. —Sin saberlo, el señor Cinney es un hombre fabulosamente rico —dijo Jonathan—, y Susannah es su única hija. ¿Comprendes, Albert? Sin necesidad de robar, sin necesidad de hacer nada indebido, yo puedo acabar siendo el dueño de todo ese oro.

—No me gusta tu idea —dijo Albert—. Ni aunque me ofrecieras la mitad de lo que en su día fuera a ser tuyo. Si podemos sacar el oro por nuestra cuenta y enriquecernos por nosotros mismos, ¿a qué pensar en casarte con una mujer así?

—Dicho de esta forma, pareces tener razón… —empezó a vacilar

Jonathan.

—La tengo. Tú y yo de común acuerdo podemos conseguirlo todo sin dar nada a cambio. Yo por mi parte —aclaró— supongo que ya lo adivinas, quiero casarme con Sandra.

—¿Y si nos descubren sacando el oro…? —Jonathan sentía ciertos recelos.

—Trabajamos solos tú y yo en la galería cuarta. Además, el filón de oro, tú mismo me lo has dicho y repetido, está donde, por falta de vetas de carbón, ya no se trabaja. Cuando salimos nosotros y se mete el otro turno, por ahí ni miran. Todo está de nuestra parte. ¿No te das cuenta? —y relucían llenos de ambición los ojos de Albert.

—Sí, en cierto modo me doy cuenta —contestó Jonathan—. Pero, bueno, déjame un poco de tiempo para pensármelo y para decidirme.

CAPITULO V

TEMBLABAN las manos de Albert Brimmore al sostener aquellos trozos de granito donde aparecía el oro.

—¿Ves, Jonathan, qué sencillo ha sido…? —se había dirigido a su hermano, pero sin mirarle. Sus ojos se hallaban fascinados con aquel maravilloso oro—. Nos basta con repetir un día y otro día lo que hemos hecho hoy para…

—Mira por la ventana, Albert —Jonathan le había interrumpido—. Andrew Mottes viene hacia aquí, hacia esta casa.

—¿Qué querrá? —frunció el entrecejo.

—Es fácil adivinarlo. Hacernos preguntas. ¿No te has enterado que va haciéndoselas a todos? Por lo visto se ha propuesto echar una mano a la policía.

—Vete a esconder el oro —dijo Albert.

—Sí, claro.

—Pon mucha naturalidad —repuso el hermano mayor—. Tú y yo no sabemos nada de nada. Nuestra tranquilidad debe ser absoluta. ¿De acuerdo?

—Sí, sí… —respondió.

Pero Jonathan no tenía el aplomo de su hermano mayor. Le faltaba mucho para tenerlo. Por lo menos todo parecía indicarlo así.

No obstante, fue Jonathan quien, al sonar el timbre de la entrada, fue a abrir, y quien lo hizo con un gesto donde no podía traslucirse que pasara nada de anormal.

Andrew Mottes, en efecto, quería preguntarles muchas cosas. Eran ya dos los crímenes cometidos y el inspector de policía no avanzaba en sus investigaciones. Deseaba avanzar él.

Pero Albert y Jonathan Brimmore le aseguraron que nada nuevo podían aportar a lo que ya se sabía, y Andrew Mottes, pocos minutos después, tuvo que salir de allí como había entrado. Sin saber qué pensar de esas muertes, las cuales, evidentemente, habían tenido un móvil.

Ya fuera de la casa, Andrew se vio gratamente sorprendido ante el pequeño coche de color claro que se detuvo a su lado.

—Hola, Andrew —el saludo de Yvonne no pudo ser más agradable.

Como agradable era toda ella.

—¡Qué sorpresa, Yvonne! —exclamó él.

—¿Subes…? —le ofreció.

—Encantado.

Ya en el interior del coche, ella abrió el monedero que había dejado allí, junto a su asiento y sacó una tarjeta, una invitación.

—Si la quieres, es para ti. Tengo dos más, para los hermanos Brimmore. Supongo — añadió— que Albert y Jonathan van a quedarse sorprendidos…

—¿Quién invita? —preguntó Andrew.

—A ellos, el señor Cinney, el dueño de la mina. Y a ti, yo… —y la muchacha sonrió—. Me ha dado varias invitaciones para que las ofrezca a quien considere más oportuno. ¿Y a quién mejor que a ti?

—Pero tú eres la secretaria del señor Dannat, no la del señor Cinney —se extrañó el joven.

—Sí, es cierto —convino ella—. Sin embargo, mi jefe y el señor Cinney se tratan con gran deferencia, siempre ha sido así. Ya sé que en otros tiempos fueron más rivales que otra cosa, pero aun así, antes y ahora, su mutuo trato es correctísimo. A las fiestas de mi jefe nunca falta el dueño de la mina… Y a las fiestas del dueño de la mina, nunca falta mi jefe, ni su hermana Caroline.

—Pero si el señor Cinney quiere invitar a su fiesta a Albert y a Jonathan Brimmore, ¿a santo de qué vienes tú con las invitaciones? Y por lo demás, ¿por qué les invita? En una fiesta de categoría, no nos engañemos, dos simples mineros…

—Me he encontrado casualmente con el señor Cinney —le refirió la muchacha—. Iba con prisas, tenía muchas cosas que hacer, así que, habiéndome dicho que se dirigía a ver a los hermanos Brimmore para invitarles a su fiesta, yo me he ofrecido a hacer el encargo en su nombre. No tiene nada de particular mi ofrecimiento, simplemente he querido ayudarle. En cuanto a por qué quiere invitar a Albert y a Jonathan Brimmore, no tengo ni idea…

—Por lo que a mí respecta, te acepto la invitación y acudiré encantado a la fiesta. Sabiendo que voy a encontrarte a ti, huelga todo comentario, ¿no crees? —y se inclinó hacia ella para besarla.

Ella se rio bajito, abrió la portezuela y se escabulló por el otro lado.

—Debo dar las invitaciones a los hermanos Brimmore —le dijo—. Espérame un minuto. Enseguida estoy de vuelta.

—Te espero, preciosa.

Cuando Albert y Jonathan Brimmore oyeron en boca de la muchacha de lo que se trataba, no terminaban de dar crédito a sus oídos.

—¿El señor Cinney nos invita a su fiesta? —inquirió Albert, perplejo—. ¿El señor Cinney, el dueño de la mina…?

—Sí —asintió Yvonne—. Me ha dicho que tendrá sumo placer en contar con la presencia de ambos. Aquí están las invitaciones.

—Dígale —repuso Jonathan— que le quedamos profundamente reconocidos.

—Se lo diré. Bueno, esto es todo, hasta mañana por la noche —e Yvonne les informó—: La fiesta empezará a eso de las nueve y media.

—De acuerdo —repuso Albert.

Cuando Yvonne salió de la casa, los dos hermanos se miraron. Aquello no tenía explicación para ellos.

—¿Sospechará algo…? —se asustó Jonathan.

—Si sospechara —le tranquilizó Albert— nos haría detener. Algo muy distinto a invitarnos a una fiesta, ¿no lo comprendes?

—Sí, claro. Pero resulta extraño que nos invite. Todas sus amistades son de categoría.

Mientras tanto, Yvonne estaba ya en el interior del pequeño coche. Donde la esperaba Andrew deseando besarla.

Esta vez la muchacha no le esquivó. Aceptó el acercamiento y el beso. Luego dijo:

—Empiezas a preocuparme, Andrew. Creo que me estoy enamorando de ti.

—También yo estoy enamorándome de ti —repuso Andrew—. Pero si algo me preocupa no es eso…

Para cuando Andrew Mottes dijo esto, la muchacha había ya puesto en marcha el coche.

Al poco pasaban ante la casa que fue de Jerry y de Sarah Cribbins. Actualmente era la casa de la hermana pequeña, una chiquilla de apenas quince años.

En la puerta de la casa estaba la muchacha. Al ver que Andrew Mottes iba en el coche, levantó la mano y le hizo un gesto. Pero fue un gesto de dudoso e incierto significado.

Aun así, a Andrew no le cupo la menor duda. La chica deseaba hablarle, decirle alguna cosa, confesarle algo.

—Detente, Yvonne.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Debo apearme…

—¿Ahora? —no comprendía a qué venía aquello.

—Sí, ahora. La hermana de Jerry me quiere decir algo…

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—No lo sé, pero al pasar por su casa la he visto y creo que me ha hecho un gesto. Por lo menos creo haberlo interpretado así.

—Tal vez tenga miedo. No sería de extrañar. Si mataron a Jerry y luego a Sarah… —Posiblemente se trate de eso. Aunque, quién sabe, quizá se trate de algo más. De todos modos debo enterarme…

—De acuerdo, Andrew —y cuando él ya salía del coche—. Qué, ¿te espero? Lo que tú consideres mejor.

—Prefiero que no —se lo dijo con toda sinceridad—, así ella me hablará con más tranquilidad. Puede resultar contraproducente que vea que me estás esperando. —Lo encuentro razonable. Pues hasta mañana… —le alargó la invitación—. En la fiesta nos veremos.

* * *

Con pasos largos se acercó a la puerta de la casa, donde, con un vestido negro, Ellen, la chiquilla de apenas quince años, permanecía quieta, inmóvil, esperando que Andrew llegara a su lado.

—Me ha parecido que deseabas hablar conmigo —le dijo él—. ¿Me he equivocado? El coche de Yvonne, la secretaria del hombre más rico de Collingttan, ya se había alejado Bueno, por lo menos, a juicio de muchos, Laurence Dannat era el hombre más rico de la localidad. Opinión unánime y lógica. Nadie sabía aún lo del filón de oro existente en la mina de carbón.

—Sí, deseo hablar con usted, señor Mottes —dijo la chiquilla—. Perdóneme el atrevimiento, pero al verle pasar y al ver que reparaba en mí, no he resistido la tentación de llamar su atención.

—Has hecho perfectamente, Ellen. Te llamas Ellen, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero que sepas, ante todo, que estoy a tu entera disposición. Considérame tu mejor arrugo. No, no lo pongas en duda, haré por ti lo humanamente posible.

—Estoy convencida de ello. ¿Sabe una cosa? —el gesto triste de la muchacha pareció animarse algo—, todo el mundo me habla muy bien de usted. Además, todos me dicen que es usted muy inteligente… Ha tenido estudios, sabe idiomas, escribe novelas… No es como nosotros, que hemos nacido aquí y estamos condenados a morir aquí, entre carbón y más carbón, y que no nos falte, pues entonces quizá nos faltará el pan.

—Sincérate conmigo, Ellen —quiso animarla a que le dijera todo lo que supiera, si es que sabía algo.

Estaba convencido de que era así. Quizá, en realidad, sabía demasiado. Saber demasiado a veces puede resultar harto peligroso.

—¿Quiere entrar, señor Mottes? Creo que es preferible que no nos vean hablando. Es más prudente que tomemos ciertas precauciones.

—Me parece muy bien.

Ya dentro de la pequeña casa, donde el recuerdo de aquellas dos recientes muertes parecía hacerse más patente, más palpable, Casi

vivo, Ellen empezó diciendo:

—Debí decírselo a Sarah… Pero no lo hice, sintiendo el temor de que se empeñara en esclarecer el asunto por sí misma. De suceder tal cosa, deduje, correría demasiados riesgos.

Sin embargo —sollozó la chiquilla—, de nada me sirvió callar. ¡La mataron!

—¿Qué debiste decir a Sarah…? —preguntó Andrew—, Dímelo ahora a mí. Aunque ya no sirva para salvar su vida, quizá sí sirva para vengar su muerte.

—Es lo que pretendo.

—Te comprendo perfectamente.

—Ni siquiera lo he dicho a la policía… No sé exactamente por qué, pero he sentido reparos en hacerlo…

—Te escucho.

—Yo sorprendí a Jerry pintando la calavera… —repuso Ellen—. Le pregunté que estaba haciendo y él me contestó que era un secreto y que no debía saberlo nadie. Como yo me empeñaba en saber a que se refería, Jerry insistió en que yo no debía decir nada a nadie, ni siquiera a Sarah… Para asegurarse mi silencio, me dijo que si era buena chica y no despegaba los labios pasara lo que pasara, se gastaría sus ahorros comprándome el traje más bonito que nunca hubiera podido soñar. ¡Oh, señor Mottes, yo soñaba tanto con un vestido nuevo!

—Sigue hablando, por favor.

—Le aseguré que me callaría, pero le pedí que me explicara el porqué de aquello… No terminaba de comprender para qué podía querer, o necesitar, una máscara negra con los huesos de una calavera pintados en un tono blanco fosforescente… Ni los guantes negros, con los huesos asimismo pintados de ese mismo tono blanco… Me contestó que quería dar un susto, o varios sustos si era preciso, a Jonathan Brimmore. Me dijo que se haría pasar por el barón de Sandersson, escapado de su ataúd, de su tumba… Por el barón de Sandersson, que loco de celos vendió un día al diablo a la mujer que amaba… No me conformé con esta explicación e insistí en saber por qué quería dar esos sustos… Entonces Jerry me dijo que Jonathan había descubierto algo y que… No me dijo nada más: En aquel momento Sarah nos llamó desde el otro extremo de la casa y la conversación quedó interrumpida.

—Entonces, ¿esto es todo? —quiso saber Andrew.

—No. Debo añadir algo más. Cuando sorprendí a Jerry pintando los huesos de la calavera, había cuatro…

—¿Cuatro qué? —preguntó el joven.

—Cuatro máscaras negras, cada una con su respectiva calavera, y

ocho guantes negros, asimismo con sus huesos pintados… Cuatro juegos, pues, completos…

Andrew Mottes se quedó reflexionando, y dio la sensación, pasados unos segundos, de que llegaba a alguna conclusión.

—Bueno, como para dar cuatro sustos —dijo.

Pero se abstuvo de cualquier otro comentario, tal vez porque no deseaba preocupar más a Ellen. A la pobre e infeliz Ellen, que en poco tiempo, en muy poco tiempo, le habían matado a sus dos hermanos.

—Voy a pedirte un favor.

—Dígame, señor Mottes.

—Me gustaría mucho que cogieras unas cuantas cosas en una maleta y te vinieras a vivir conmigo, es decir, con el matrimonio Weaver. Disponen de una habitación vacía y estoy seguro de que no han de tener el menor inconveniente…

—¿Por qué me pide seo? —preguntó Ellen—. No, no me lo diga. Ya lo sé, está pensando que puede pasarme a mí lo mismo que a Jerry y a Sarah.

—Puede pasarte, en efecto, si no tomas las debidas precauciones. Pero en la casa del matrimonio Weaver estarás acompañada y nadie se atreverá…

—Y además —añadió la jovencita— le tendré a usted cerca, que es un tipo valiente, capaz de enfrentarse a quien sea, ¿no es cierto?

—No sé si soy valiente. Pero puedes dar por descontado que te defenderé si se presenta la ocasión.

—Me ha convencido, señor Mottes —relucían, agradecidos, los ojos de la chiquilla—. Me iré a pasar unos días con el matrimonio Weaver. Unos días serán suficiente, ¿no cree?

—Supongo que sí. El inspector de policía no deja de investigar. Por lo menos me lo han asegurado así.

—Mañana a primera hora dejaré esta casa.

—No tienes por qué esperar a mañana —se lo dijo con naturalidad, pero aquello equivalía evidentemente a apremiarla—. Puedes hacerlo ahora mismo. Mira, espero a que hagas la maleta y te acompaño yo, ¿vale?

—Sí —decidió Ellen.

—Oye, a propósito —quiso aclarar Andrew— de aquellas cuatro máscaras negras, con las cuatro calaveras pintadas, y de aquellos ocho guantes negros, asimismo con los huesos pintados, ¿qué es lo que hay todavía en esta casa?

—Nada —contestó ella.

—Esto significa —dijo el joven— que alguien se lo ha llevado todo.

—Sí —dijo Ellen.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Andrew Mottes.

—Al día siguiente de haber sido hallado el cadáver de Jerry, oí ruido en su habitación — le refirió la chiquilla—. Era en su habitación donde le había encontrado pintando las calaveras… Cuando oí el ruido y llegué, no, ya no había nadie… Pero la ventana estaba abierta y por allí pudo entrar y salir quien fuera… Sólo sé, eso sí puedo asegurarlo, que las máscaras y los guantes ya no estaban… Cuarenta y ocho horas después, murió Sarah… En conclusión —resumió Ellen—, actualmente, en manos del asesino, quedan aún dos máscaras y cuatro guantes.

CAPITULO VI

LA mansión de Adrián Cinney, espléndida, soberbia, emplazada en lo alto de la cumbre de la colina, frente a aquella otra colina donde se alzaba la mansión de Laurence Dannat, no menos soberbia y espléndida, refulgía de luz aquella noche oscura, muy oscura.

Una noche que iba a ser distinta a las demás. Y lo malo, lo peor del caso, es que la mayoría de los invitados tenían esa misma sensación.

¿Se debía a que estaban demasiado recientes las muertes de Jerry y de Sarah Cribbins, ambos asesinados con un pico?

Se presentó Sandra.

El señor Dannat no quedó insensible al verla, al conocerla, Era demasiado guapa y atractiva para que tal cosa sucediera, aunque él era un hombre frío, poco propenso a dejarse llevar por los sentimentalismos. Pero estaba acostumbrado a conseguir con su dinero todo lo que se proponía, por lo que enseguida se lanzó al ataque. Si bien, él mismo lo sabía sobradamente, sus caprichos amorosos eran simples y pasajeros caprichos.

Pero lo cierto es que Sandra, que tenía aspecto de estar de vuelta de todo, y sobre todo de hacer el amor, se mostró esquiva, o más bien indiferente con aquel hombre. Que era, de todos los allí reunidos, el que evidentemente más podía ofrecerla.

Pocos minutos después, Sandra le había dejado y se había dirigido hacia otro de los salones.

Caroline, la hermana del señor Dannat, se quedó sin comprender aquel desaire. No estaba acostumbrada a que nadie hiciera un feo a su hermano.

—No lo entiendo —comentó con Yvonne, pues estaba a su lado. La muchacha lucía un traje de color malva, encantador—. No tiene sentido que haya sucedido esto… —No, ciertamente no tiene sentido —corroboró Yvonne.

—Dicen que es una muchacha rara —dijo la pálida y enfermiza Caroline Dannat—. ¿Usted qué opina al respecto?

—No sé decirle —contestó.

—Pero debe tener un pasado, y sin duda es un pasado bastante tumultuoso.

—Es lo más probable —admitió Yvonne.

—Fíjese —le hizo reparar Caroline Dannat—, ahora Sandra se dirige en busca de ese minero… De Albert Brimmore…

—Sí, es cierto.

—No tiene lógica que el señor Cinney haya invitado a uno de sus trabajadores, bueno, a dos… —corrigió—, porque también ha venido su hermano Jonathan. ¿Sabe usted, Yvonne, a qué se debe?

—En absoluto.

—También ha venido otro de los hombres que trabajan en la mina —dijo Caroline Dannat— pero, bueno, ese caso es distinto. Se trata de un joven novelista, trabaja en la mina sólo para ambientarse para su próxima novela. Creo que se llama…

—Andrew Mottes —dijo ella.

—¿Le conoce usted? —preguntó.

—Sí.

—Mire, parece que viene a su encuentro. La dejo, Yvonne, en casos como éste sobran las viejas como yo.

Y discretamente, con una tenue sonrisa en sus labios, Caroline Dannat se retiró.

Mientras tanto, Adrián Cinney había buscado a Jonathan Brimmore. No sin antes asegurarse de que su hija Susannah, jorobada y fea, permanecía lejos de allí.

—Señor Brimmore… —empezó a decir.

—Muy agradecido por su invitación, señor Cinney. Mi hermano y yo nos sentimos profundamente honrados.

Jonathan había dicho esto con una media sonrisa, indudablemente confuso y turbado, más bien incómodo. Aquella situación se apartaba de lo corriente.

—Prefiero hablarle con toda claridad —dijo el señor Cinney, y le cogió por un brazo y se lo llevó hacia donde iban a poder hacer un aparte. Añadió—: Últimamente mira usted a mi hija de un modo especial, ¿me equivoco? Creo haber adivinado que no terminaría de desagradarle del todo la idea de casarse con ella.

Jonathan se quedó perplejo. No esperaba que Adrián Cinney le hubiera leído el pensamiento de tal modo, con tal exactitud.

El dueño de la mina prosiguió:

—No puedo pasar por alto el defecto físico de mi hija, ni sus escasos encantos personales, tan escasos que me temo que sean nulos, pero Susannah es mi hija y yo la quiero mucho, ¿se hace cargo de lo que quiero decir? —y sin esperar respuesta—: Se trata de que, consciente de todo ello, estoy dispuesto a dotarla bien.

—¡Ah! —exclamó Jonathan.

—Estoy en un mal momento económico. Lo sé yo y lo sabe toda la

localidad. En la mina escasea el carbón… —se detuvo unos instantes, pero sólo unos pocos—. Sin embargo, viendo en usted la posibilidad de casar a mi hija, he pensado que si vendo bien esta casa, sobre la que pesan varias hipotecas, no voy a negarlo, y si asimismo me desprendo de la mina por un precio relativamente aceptable…

—¿Va a vender la mina? —inquirió Jonathan, esforzándose, empero, por disimular todo lo que se le agitaba dentro.

—Con lo que me dieran por la mina, y con lo que me quedase luego de vender esta casa, y de pagar sus hipotecas, por descontado, podría dotar bien a mi hija. En tal caso, señor Brimmore, ¿se casaría usted con ella? Necesito saber su respuesta.

Jonathan se quedó sin saber qué decir.

—Le he sorprendido hablándole en estos términos, con tanta claridad, ¿verdad? —hizo un gesto de quien comprende, de quien se hace cargo—. Bueno, ya me responderá dentro de dos o tres días, ¿le parece? —y Adrián Cinney le dio unas palmaditas en la espalda.

—Sí, señor Cinney —asintió.

—Piense —remachó— que aunque no sea una gran fortuna lo que le ofrezco, es muchísimo más de lo que puede ambicionar un minero. No se tome a mal estas palabras, pero…

—Pensaré en ello —contestó Jonathan Brimmore—. De momento no puedo decirle nada más.

—De acuerdo.

Una ancha terraza circundaba los salones, y allí, entre el resplandor de la luz que llegaba de los salones y la oscuridad de la noche, había varias parejas dialogando quedo.

Entre éstas, Andrew e Yvonne. Se miraban a los ojos expresivamente.

Fue en aquel momento cuando sucedió eso que hemos visto tantas veces en las películas de miedo. Y seguiremos viendo, pues es sin duda una escena de efecto, de impacto, que nunca defrauda, que siempre agrada a ese público amante de las emociones más o menos fuertes.

Las luces se apagaron.

Todo quedó completamente a oscuras.

Tan a oscuras que aquello quedó convertido en algo muy parecido a una negra mina de carbón.

Instantes después, se oyó el chillido. Los chillidos, en plural, para ser exactos, puesto que fueron varias voces de mujer las que gritaron.

* * *

Andrew Mottes abandonó la terraza, precipitándose hacia los salones. Sin olvidarse de coger a Yvonne de la mano y llevársela consigo.

Ya entre los invitados, cuyas siluetas apenas se perfilaban entre las

sombras, más bien se difuminaban entre las mismas, vio de lo que se trataba. No, no pudo extrañarse demasiado.

¿No eran cuatro, acaso, las máscaras, y ocho los guantes preparados por Jerry Cribbins? Lo organizó todo para poder asustar, y más de una vez, ciertamente. Con tal pretensión, preparó cuatro equipos, por si cada vez que actuaba se ensuciaba o deterioraba el que llevaba. Pero Jerry Cribbins pretendía sólo asustar. En su comportamiento, pues, había cierta inocencia.

Pero el asesino, aprovechándose de tales prendas, estaba llevando sus andanzas mucho más allá de sobresaltar. Desgraciadamente era así y bien lo había demostrado.

La calavera había aparecido de pronto en medio del salón principal. Movía sus desencajadas mandíbulas como riéndose de todos ellos, pero sin dejar oír su risa, y agitaba sus manos como si quisiera alcanzar a alguno de ellos. Pretensión de la que luego desistía para intentar cazar a alguien por otro lado.

Llenas de miedo, de pánico, de terror, las mujeres gritaban, y los hombres, ahora, no se quedaban atrás.

El miedo era de todos. El pánico era general. El terror era colectivo. ¿Presentían, acaso, que esta vez la calavera era auténtica? ¿Quizá se tratara esta vez realmente del barón Sanderson, un ser del otro mundo, salido de su ataúd, de su tumba? Un ser del que últimamente, santiguándose, estaban hablando todas las viejas de Collingttan… Podía tratarse de él. Claro que sí. ¿Por qué no? ¿Quién era capaz de negarlo rotundamente?

Pero varios de los invitados, no creían, no podían creer en calaveras, ni en fantasmas, ni en seres del Más Allá. Aún así, lo dicho, el miedo, el pánico, el terror, se había adueñado de todos.

Bueno, con Andrew Mottes no iba aquello. Demasiado ducho para incurrir en un miedo absurdo, o que al menos, al parecer, tenía todas las trazas de serlo, afrontaba el hecho con realismo y serenidad. Pero consciente del riesgo que entrañaba aquella aparición horrible, espeluznante, diabólica.

Por lo menos alguien intentaba que lo fuera.

De hecho lo estaba consiguiendo.

Totalmente.

Plenamente.

Porque en definitiva todos los que se hallaban allí sabían que, tras una aparición semejante, había habido ya dos muertes. Y de eso no hacía tanto. Apenas unos días.

¿Por qué se habían quedado a oscuras?

Sin duda acababa de producirse un cortocircuito, fundiéndose los fusibles de la casa. Nada de particular. Eso puede pasar en cualquier

momento, en cualquier sitio.

Pero había aparecido la calavera y de súbito todo había cobrado un tinte macabro, patético, siniestro. Por lo visto, y esto no podía negarlo nadie, real o ficticia, era una calavera que sabía aprovechar las ocasiones.

En eso se oyó un grito atroz, horripilante.

Todos reconocieron en esa voz la de Caroline Dannat, la pálida y enfermiza hermana del hombre más rico de Collingttan.

El grito fue estridente, largo, casi inacabable.

Esta fue al menos la impresión de todos aquellos que no veían lo que sucedía a su alrededor. Solo veían los huesos descarnados de aquella calavera y los huesos de aquellas dos manos…

Huesos, unos y otros, de los que instintivamente retrocedían los invitados.

retrocedieron aún más ante el grito de muerte que profirió la hermana del señor Dannat.

Había sido un grito mortal. Un grito propio de quien, aún vivo, sabe que de pronto va a estar muerto.

Pero, ¿de qué forma había atacado el asesino a su víctima?

Andrew Mottes lo comprendió sin necesidad de que las luces se encendieran. Porque habiéndose adelantado hacia la calavera y hacia donde, qué duda cabe, debía hallarse asimismo la víctima, le salpicaron unas gotas de algo pegajoso, tibio… ¡Era sangre! ¡Lo hubiera jurado!

—¡Traer luces! —se oyó exclamar a Adrián Cinney, el dueño de la casa, dirigiéndose a los sirvientes.

Uno de éstos no tardó en comparecer con un candelabro de tres velas. Y el salón se iluminó, si bien llenándolo todo de sombras oblicuas y estiradas.

Esto resultaba infinitamente más aceptable que las anteriores tinieblas. Aunque aquello tuvo un inconveniente, pudieron percatarse de todo el horror de lo sucedido.

Caroline Dannat se hallaba derrumbada en el suelo. La mano asesina, inflexible, inexorable, le había clavado un pico en el pecho, dejándoselo incrustado. Queriendo, así, garantizar su muerte.

Aquel pico era como los de la mina. Sin duda se trataba de una de aquellas mismas herramientas.

De la profunda herida había surgido la sangre. Lo mismo que si de un infernal surtidor se tratara.

No resultaba de extrañar, pues, que la sangre de la infeliz mujer hubiera salpicado más allá de lo previsible.

Andrew se pasó la mano por la cara, la mano apareció con manchas rojas. Sí, claro, aquel contacto viscoso y caliente que había

sentido en el rostro sólo podía ser sangre. No podía tratarse de nada más.

Se dieron cuenta, en medio de un terror general, de que Caroline Dannat aún vivía.

Laurence Dannat se acercó a su hermana.

—¿Quién ha sido? —le preguntó—. ¿Lo sabes? ¡Dime quién ha sido…!

—El barón de Sandersson… —murmuró la pálida y enfermiza mujer.

Esta, a pesar de su precaria salud, esperaba vivir aún algunos años más. Pero eso era antes, ya no. Ahora comprendía que de un momento a otro iba a integrarse a ese mundo del que ya no se vuelve.

¿O acaso si se vuelve, puesto que el barón de Sandersson al parecer estaba allí…?

Pero la calavera ya no estaba. Había desaparecido. Igual que si la aparición hubiera sido un mero producto de sus mentes calenturientas.

—¿Quién ha sido…? —preguntó nuevamente Laurence Dannat a su hermana, y su tono violento, amenazador, afirmó que quien fuera pagaría muy caro lo que acababa de hacer con ella—. El barón Sandersson no puede ser…

Caroline quiso hablar. Le fue imposible hacerlo. El pico no le había atravesado el corazón como en el caso de Jerry y de Sarah Cribbins, pero el resultado iba a ser el mismo. La vida acababa de huir de su cuerpo por aquella herida en la que el pico seguía clavado.

Los invitados se miraron. Ahora parecían sospechar, no del barón Sandersson, sino recíprocamente unos de otros.

Las miradas más recelosas las acaparó Albert y Jonathan Brimmore. Tal vez porque, siendo trabajadores de la mina, parecía lógico suponer que ellos pudieran haber tenido más ocasiones de hacerse con aquella herramienta de trabajo, con aquel pico.

Nadie, sin embargo, miró así a Andrew Mottes. Por lo visto todos sabían ya que era un famoso novelista. Esto parecía dejarle al margen de posibles sospechas.

En aquel momento alguien gritó de nuevo. Aunque este grito fue distinto.

Se trataba de que, tras un sillón, una jovencita había encontrado una máscara negra y dos guantes. Guantes y máscara con los huesos pintados de un color blanco fosforescente.

Aquel sillón tenía mal colocado su correspondiente cojín. Aunque en esto sólo reparó Andrew Mottes, sacando la conclusión de que bajo ese cojín había permanecido, hasta el momento oportuno, el pico que había de dar fin a la vida de Caroline Dannat.

Instantes después, el fusible quedó arreglado por uno de los

sirvientes de la casa.

La luz volvió a los salones.

CAPITULO VII

—ORGANICÉ aquella fiesta buscando la oportunidad de hablar con usted —dijo Adrián Cinney a Laurence Dannat aquella mañana al coincidir cerca de la mina—. Pero sucedió aquello… —no hizo referencia a qué, no hacía falta.

—¿Qué quería decirme? —preguntó el hombre más rico de Collingttan.

—Deseaba proponerle que comprara mi casa.

—¿Cómo, la vende? —se sorprendió.

—Y también voy a vender la mina.

—No será a mí —ironizó Laurence Dannat—. La mina es un mal negocio y los malos negocios nunca me han gustado.

—Pero, bueno, ¿qué me dice de la casa? —preguntó Adrián Cinney —. ¿Cuánto me ofrece usted por ella?

—¿Cuánto me pide?

Le dijo la cifra.

—Es un precio excesivo —respondió Laurence Dannat.

—Sabía que iba a decirme esto. Pero no es un precio excesivo y usted lo sabe. Mi casa vale eso sobradamente, como asimismo lo vale la suya.

—Es usted quien quiere vender, no yo —puntualizó Laurence Dannat.

—Si a usted no le interesa, buscaré otro comprador. No quiero vender mal, necesito ese dinero.

—Bueno, deme un poco de tiempo para pensarlo, ¿le parece?

—No tengo el menor inconveniente en ello.

—A propósito —Laurence Dannat crispó la expresión—, ¿quién cree usted que puede ser la calavera…? ¿Quién cree usted que puede ser la perdona que, amparándose bajo esa máscara…? ¿Quizá Albert o Jonathan Brimmore…? ¿Qué opina usted…?

—Ni hablar de ello —aseguró Adrián Cinney—. Son dos excelentes y honrados muchachos, de lo mejor de mi plantilla de trabajadores.

—Si usted lo dice… —pero evidentemente lo puso en tela de juicio.

Poco después se separaban.

Pero Adrián Cinney, antes de llegar a la mina, había de verse detenido por Andrew Mottes.

—Dos palabras, señor Cinney —le rogó, plantando su alta y atlética figura ante quien no esperaba verse interpelado en aquel momento ni de aquella forma.

—Dígame.

El señor Cinney solía mostrarse amable y cordial con sus trabajadores. Era un hombre que, no sin motivo, se había granjeado el afecto de los que estaban a sus órdenes. Pero en aquel momento, todo hay que decirlo, estaba demasiado preocupado con sus problemas para que no le enojara tener que compartir los ajenos. Así que se limitó a responder de un modo breve, simplemente correcto.

—Me han dicho que va a vender la mina —repuso Andrew.

—Corren mucho las noticias —no lo negó, no tenía por qué hacerlo —. Sí, en efecto — corroboró seguidamente—. Y también voy a vender mi casa. Me veo obligado a ambas ventas.

—¿Tiene ya comprador? —preguntó el joven.

—¿Va a buscármelo usted…? —demostró cierta ironía, que corrigió enseguida al recordar que aquel joven era un famoso novelista.

Recién salido de su turno de trabajo y viéndole tiznado de carbón, era fácil olvidarlo.

—Podría buscárselo —dijo Andrew—. O al menos intentarlo.

—La casa me la comprará el señor Dannat. Bueno, esto al menos es lo que a mí me parece. En cuanto a la mina, la cuestión cambia, confieso no tener comprador. Carezco de toda oferta. Si usted —añadió— conociera a alguien a quien pudiera interesarle…

—Cuente conmigo —aseguró el joven—. Haré cuanto me sea posible.

—Gracias.

Adrián Cinney se dio cuenta en aquel momento de que, a menos de cien metros de allí, su hija Susannah hablaba con Jonathan Brimmore. Este acababa también de concluir su turno en la mina.

Susannah Cinney llevaba un vestido holgado, sin duda para disimular su joroba. Se había maquillado más que otros días y no parecía tan fea. Algo brillaba gratamente en su expresión. Era, sin duda, que la esperanza de ser un poco feliz le hacía sentirse mejor que otros días.

Andrew reparó en la pareja, pero no hizo comentario alguno. No tenía por qué hacerlo. Hubiera sido una incorrección por su parte. Seguidamente se despidió del señor Cinney y se fue hacia la casa del matrimonio Weaver. Se lavó, se arregló, se puso presentable.

—Señor Mottes… —dijo Ellen—, quisiera hacerle una pregunta. ¿Puedo hacérsela?

—¿Te molestaría esperar a que regresara? Debo ir a hablar con alguien.

—Como quiera —accedió la chiquilla.

Andrew Mottes se dirigió hacia la casa de Sandra. Había decidido hablar con ella un poco. Bueno, más que un poco si era necesario.

—Me alegro de volver a verle —sonrió Sandra al abrir la puerta—. Pase, pase…

Andrew se adentró en la vivienda. Pero quiso ir directo a lo que allí le llevaba, así que dijo:

—La verdad, Sandra, no vengo por el placer de ver lo guapa que es.

—Acabo de llevarme la mayor decepción de mi vida —aunque siguió sonriendo, no cabe duda de que la atractiva muchacha se puso en guardia.

—En Collingttan hay muchas cosas que no están claras —dijo Andrew—, Y una de ellas es, qué duda cabe, su presencia aquí…

—No me gusta que se metan en mi vida privada —le interrumpió ella—, ¿No lo sabía? Pues ya lo sabe —y dejó de sonreír.

—Si ha venido a vivir aquí —insistió—, debe existir un motivo poderoso, ¿Podría yo saberlo?

La respuesta fue rotunda.

—No.

—Se han cometido tres asesinatos y todos y cada uno de nosotros resultamos sospechosos, ¿no ha pensado en ello? Y usted, como forastera…

—¿Por qué he de resultar yo más sospechosa que usted? —le respondió—. En todo caso, en igual medida. Usted también es forastero.

—Yo soy un novelista muy conocido, y mi personalidad, y mis andanzas, no son un secreto para nadie —le comunicó—. Usted, sin embargo, es un enigma para todos.

—Si alguien siente curiosidad, que se aguante. No voy a satisfacérsela.

—No resulta tan sencillo —le hizo saber Andrew— porque esa misma curiosidad la siento yo también y he decidido…

—¿Qué —preguntó Sandra al ver que él se había detenido.

—He decidido —repitió— averiguar lo que ha sido su pasado. Bueno, eso lo decidí hace ya varios días. Así que contraté a un detective, le comisioné el caso y en menos de cuarenta y ocho horas lo he averiguado todo…, todo…

No era cierto que hubiera contratado a ningún detective. Esa

historia acababa de inventársela convencido de que surtiría efecto. Al oír aquello Sandra se sentiría desenmascarada. Hubiera apostado cualquier cosa.

No se equivocó. Acertó plenamente. Sandra era muy guapa y muy atractiva, pero no era inteligente.

—Ha averiguado que salí de la cárcel gracias a que un generoso caballero pagó la fianza, ¿eh? —se engalló—. Pues bien, sí, fui acusada de robo. Pero en el juicio quedará demostrada mi absoluta inocencia.

—No lo dudo —había averiguado más de lo que esperaba, pero como si nada siguió en la brecha—, ¿Quién fue el generoso caballero que…?

—Eso no va a averiguarlo su detective, ni usted, ni nadie. Un intermediario pagó la fianza en su nombre.

—Me lo imaginaba. Como me imagino que si ese caballero pagó, y luego la hizo venir aquí, sería para algo concreto. Tan concreto como importante…

—Es posible —no se molestó en negarlo.

—Pero no se trata de tener amores con usted, lo que parecería la tesis más lógica. Usted no recibe a hombres en esta casa.

—Le recibo a usted. ¿Acaso no es usted un hombre?

—No voy a demostrárselo porque tengo una novia muy celosa —a pesar de lo firme y seguro de su acento, Andrew tuvo que carraspear para aclararse la garganta.

Los encantos de Sandra no eran fáciles de resistir. Las cosas en su sitio.

—Si yo me empeñara… —se insinuó ella, a quien la buena planta de Andrew Mottes le hacía olvidar que el joven había ido a su casa sólo para inmiscuirse en su vida.

—¿Por qué se empeña en no ayudarme? —le preguntó—. Le quedaría muy agradecido si lo hiciera. Dándome el nombre de quien pagó la fianza…

—No espere que se lo diga.

—Dígame al menos, ¿Qué amistad le une al señor Cinney, el dueño de la mina? —Ninguna.

—Pero estaba en su fiesta.

—También estaba usted —contestó. Y sin más—. Le acompaño hasta la puerta — prefirió dar por terminada la conversación.

—Dígame antes, ¿por qué dedica sus preferencias a Albert Brimmore…? Es un simple minero, que apenas cobra lo suficiente para ir viviendo. Sin embargo —agregó Andrew— rechaza al señor Dannat, el hombre más rico de la localidad.

—Me siento atraída por Albert Brimmore. ¿Vale como buena esta

respuesta? —y echó atrás los cabellos.

—En absoluto —no quiso que le tachara de tonto.

—Lamento no tener otra a su disposición.

—En fin, ahora sí me voy. Hasta otra, Sandra. Gracias por haberme recibido.

—Si vuelve… —insinuó— que sea para algo más efectivo… —y tuvo a bien añadir, prodigándole de nuevo una sonrisa—. A pesar de todo, usted me cae simpático.

* * *

Ellen le estaba esperando. Junto a los cristales de una de las ventanas de la casa, miraba hacia el camino por donde había de verle aparecer.

En cuanto lo tuvo allí, ante ella, le interpeló:

—¿Puedo ahora…?

—¡Ah, sí! —se había olvidado de que la chiquilla quería preguntarle algo—. Claro que sí.

—¿Cómo se explica usted, señor Mottes que mi hermano soñara con llegar a ser rico, muy rico. ¿Quizá pensaba que asustando a alguien podía conseguir que…? ¿Pero qué podía conseguir de quien fuera, por mucho que le asustara…? No encuentro sentido a nada de esto.

—No lo tiene —respondió Andrew—. Desde luego que no.

—Pero mis dos hermanos han muerto y eso demuestra…

—No te inquietes. Ellen —quiso tranquilizarla—. Ahora vives con el matrimonio Weaver, no debes temer que a su lado te ocurra nada malo. Pero sé prudente, y no salgas sola cuando ya sea de noche. ¿De acuerdo?

—Sí, señor Mottes.

—El inspector de policía descubrirá al asesino y entonces podrás volver tranquilamente a tu casa. Ya no te acechará peligro ninguno.

—Pero si Jerry y Sarah han muerto —insistió Ellen—, eso demuestra que hay un móvil fundamental en lo que a nosotros nos parece algo sin lógica.

—Evidentemente —asintió Andrew—. Pero lo dicho, Ellen, no te preocupes. El inspector de policía se encargará…

—Y usted también, ¿verdad? Porque usted también está investigando…

—Lo estoy intentando.

—¿Y ha sacado ya algo en claro?

—Empiezo a sacar alguna que otra conclusión. Me digo, si esto fuera una novela tuya y éstos fueran tus propios personajes, y si tal misterio, tal enigma, existiera en el relato, ¿qué final buscarías tú…?

¿Cómo les explicarías a los lectores de un modo razonable, coherente…? Y se trata de eso —resumió Andrew Mottes—, de que me estoy respondiendo ya a estas preguntas.

No mucho después, Andrew Mottes salía hacia la casa de Albert y Jonathan Brimmore. No desistía de su idea, de su empeño. Tenía que ir respondiéndose a las preguntas que como autor de novelas policíacas se iba formulando.

Se encontró con Susannah Cinney, una muchacha que con él siempre se había mostrado más amable y más abierta que con el resto de los trabajadores de la mina. Quizá porque en Andrew nunca vio esa burla que ella creía ver en otros ojos.

—Hacía ya días que no nos encontrábamos —empezó a hablar la muchacha.

—Yo la he visto esta mañana —y no perdió la ocasión de añadir—: Estaba hablando con Jonathan Brimmore.

—Sí, es cierto —asintió Susannah. Y sonriente añadió—: ¿Quiere que le dé una noticia? Va a ser el primero en saberla. Bueno, a mi padre ya se lo he dicho, claro… Se trata de ese joven…

—¿Jonathan Brimmore? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Vamos a casarnos.

—Mi sincera enhorabuena.

—Creo que puedo ser feliz con él. ¿Usted no cree lo mismo?

—¿Por qué no iba a creerlo? Claro que sí —le aseguró.

—Como soy así… —hizo alusión a su defecto físico— no esperaba que nadie… Pero acabo de comprender que puedo aún alcanzar un poco de felicidad.

—No tenía por qué haberlo puesto en duda. Repito, mi sincera enhorabuena.

—Gracias.

Andrew Mottes encaminó sus largas zancadas hacia adelante, hacia la casa de los Brimmore. No se hallaba muy lejos de allí.

Los dos hermanos, entretanto, hablaban, dialogaban. Más bien discutían porque la conversación había ido subiendo de tono y había acabado en cauces poco pacíficos. —Te lo he dicho ya, Albert, he tomado la decisión de casarme con Susannah Cinney. No conseguirás disuadirme de esa idea.

—¡No permitiré que cometas semejante disparate! —exclamó Albert, excitadísimo—. He de hacer que entres en razón.

—Pareces no comprender lo que te he dicho, el señor Cinney va a vender la mina — repuso Jonathan Brimmore—. Y si la vende, ¿cómo podemos estar seguros de que el trabajo continúe y de que continúe

del mismo modo y de la misma forma que se desarrolla ahora? Puede el nuevo dueño suspender la extracción de carbón de las actuales galerías, buscando otras de más rendimiento… Puede el nuevo dueño mandar» nos a otra galería, o simplemente ponernos algún compañero en la galería en la que ahora trabajamos solos… En cualquiera de los casos, todos tus planes se vendrían abajo… ¿No te das cuenta? ¿No lo comprendes? Por lo que he decidido no dejar que pase de largo la mejor oportunidad de mi vida…

—Pero si el señor Cinney vende la mina, ¿dónde estará tu negocio? —preguntó Albert. —Nos casaremos enseguida, y así que sea su yerno ya me encargaré yo de que no venda la mina.

—¿Cómo vas a conseguir que no la venda? —quiso saber.

—Con decirle lo que he descubierto, ya está… no hace falta mayor suspicacia que ésa. Una vez sepa la verdad él será el primero en no querer vender.

—Yo exijo mi parte —masculló entre clientes Albert.

—Cuando yo sea rico —aseguró Jonathan— a ti no te faltará nada. Siempre hemos sido muy buenos hermanos, lo sabes de sobras.

—No me basta con esa caridad que me ofreces —y le comunicó, en ese momento menos excitado—. Se me acaba de ocurrir una idea mucho mejor que todo eso… —¿Una idea mejor?

—Infinitamente mejor.

—Dímela.

—Hablaré con el señor Dannat, el hombre más rico de Collingttan, para que compre la mina. Le diré que allí hay oro y me ofreceré a enseñárselo… Siempre qué, a cambio de la información, firme un documento en el que nos ofrezca el cuarenta por ciento de las ganancias que puedan llegar a obtenerse.

—No está mal pensado… —titubeó Jonathan Brimmore, pero de nuevo se reafirmó en su anterior idea—. Pero es complicar la situación. En cambio, casándose con Susannah, que es la hija del señor Cinney…

—Déjame hacer a mí —replicó Albert—. Si yo fracaso, entonces no me importará que pongas en práctica tu plan. Pero me saldrá todo bien, estoy convencido de ello.

—No sé qué decirte… —Jonathan hubiera preferido el camino más sencillo—. Todo se está complicando demasiado.

—¿Te refieres a… —preguntó.

—Primero murió Jerry y luego Sarah. Luego Caroline, la hermana del Señor Dannat. Todo esto asusta, ¿no crees?

—A mí no —dijo Albert— porque yo no maté a Jerry, ni a Sarah, ni tampoco a la hermana del señor Dannat.

—Tampoco yo —dijo Jonathan— he tenido nada que ver con la

muerte de Jerry, ni de Sarah, ni de la hermana del señor Dannat. Y sin embargo, lo confieso, estoy asustado. —¿No será —inquirió Albert, irónico— que no eres tan inocente como intentas hacerme creer?

—¿No será —volvían evidentemente a desconfiar el uno del otro— a que el culpable eres tú y…?

—¡Demonios! —exclamó Jonathan, mirando a través de los cristales de la ventana—.

Otra vez viene a nuestro encuentro.

—¿Quién?

—Andrew Mottes. Se dirige directamente hacia aquí. ¿Qué querrá? ¿Qué crees tú que querrá?

—Hacernos algunas preguntas, lo mismo que la otra vez. Pero esto carece de importancia —aseguró Albert—, Tú y yo seguimos sin saber nada.

—Sí, claro —asintió.

—Mucha naturalidad —le recomendó Albert—. Y confía en mi plan —agregó—. Todo saldrá a pedir de boca.

—Aunque resulte quizá un poco prematuro, permíteme felicitarte —Andrew Mottes le había tendido la diestra—. Que seas muy feliz, Jonathan.

—¿Te refieres a…? —Jonathan se había quedado cortado.

—Me refiero a tu boda con Susannah Cinney —aclaró el joven, y miró de soslayo a Albert, queriendo ver si su reacción era positiva o negativa.

Resultó totalmente negativa. A Albert no le gustaba la idea de esa boda. En absoluto. Estaba claro.

—Bueno, no creía que… que… ya lo supieras… —tartamudeó Jonathan.

—Me lo ha dicho Susannah hace apenas unos minutos, y me ha parecido bien venir a darte mi enhorabuena.

—Susannah es jorobada y fea —dijo Jonathan—. Otro no se hubiera decidido a dar ese paso…

—Susannah es una buena muchacha —repuso Andrew—, Se merece que alguien la mire con buenos ojos. Y tú, Albert —se volvió hacia el hermano mayor— ¿qué opinas? —Mis ojos tienen un gusto mucho más escogido —sentenció.

—¡Ah, sí, claro! —exclamó Andrew, quien se reafirmó en su idea de que aquella boda sentaba muy mal a Albert—. Me había olvidado de que a ti te gusta Sandra.

—Sandra gusta a todos —hizo constar—, pero a ella sólo le gusto yo.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—¿Acaso lo pones en duda?

—No, no… —se apresuró a apaciguarle—. Ni yo pretendo rivalizar contigo. Pero esas mujeres tan guapas, tan atractivas, ya se sabe, siempre piden mucho. ¿Qué te pide a ti? Sin duda algo más que el sueldo de un minero.

—En mis asuntos no me gusta que se inmiscuyan los demás —le contestó de mal talante. —Es un buen sistema —reconoció Andrew—. Aun así, dadas las circunstancias… —¿Qué circunstancias?

—Han habido tres muertes, ¿no? Pues por alguna parte está el asesino.

—¿Y qué tengo que ver yo con el asesino? —barbotó Albert Brimmore.

—Yo no digo que tengas que ver nada —aclaró Andrew—, pero debes hacerte cargo de que si sucede algo anormal en nuestro entorno, estamos en la obligación de no silenciarlo. Todo lo contrario, debemos comunicarlo sin pérdida de tiempo a la policía.

—¿Algo anormal? —inquirió Albert—, ¿Cómo que…?

—Eso tú sabrás.

—Nosotros no sabemos nada —intervino Jonathan—. Nada absolutamente.

—Quiero creerlo así, pero la verdad es que no estoy muy convencido de ello. Por eso he venido a veros —¿Pretendiendo qué…? —preguntó Albert.

—Que me digáis cuanto sepáis. Si somos compañeros de trabajo lo natural es que os sinceréis conmigo.

—Tú no eres un compañero de trabajo como los demás —dijo Jonathan—. Tú te dedicas a escribir novelas.

—Ahora trabajo en la mina y le doy al pico las mismas horas que vosotros.

—Un trabajo duro, no comprendo cómo lo haces por gusto. Pero nos estamos separando del tema —repuso Albert—. No nos sinceramos contigo porque no tenemos nada que decirte. Convéncete de ello de una vez y no nos vengas con más interrogatorios. Deja los interrogatorios para el inspector de policía, que a él le compiten, no a ti.

—Sería lamentable que os pudiera pasar algo malo por no tener confianza en mí.

—Te hemos dicho —intervino de nuevo Jonathan— que no sabemos nada. ¿Cuántas veces será necesario que te lo repitamos?

—Ninguna. Ya me voy.

CAPITULO VIII

CUANDO LAURENCE Dannat se enteró de que tenía una visita y de que ésta era Albert Brimmore, se quedó sin saber qué pensar.

Sabía que Albert Brimmore era un minero. Le conocía de vista, desde hacía mucho tiempo. Le conoció mejor el día que Adrián Cinney le invitó a su fiesta, como asimismo conoció mejor aquel día a su hermano Jonathan.

Había oído decir que Jonathan Brimmore iba a casarse con Susannah Cinney. Había pensado, al enterarse, que bien mirado aquella boda podía ser una buena solución para los dos. Ella encontraría un marido y él una situación económica bastante aceptable.

Pero, bueno, ¿para qué estaría ahora Albert, el hermano de Jonathan en su casa?

El mayordomo se lo había dicho bien claro. Deseaba ser recibido y si no era mucho pedir a la máxima brevedad posible.

—Hágale pasar —fue la respuesta.

Al poco entraba el visitante en el regio y lujoso despacho de Laurence Dannat. Entraba con la cabeza erguida, con la mirada alzada, sin mostrarse cohibido ni intimidado. Se sentía seguro de lo que estaba haciendo.

—Dígame… —Laurence Dannat, desde el sillón de su mesa de escritorio, no solía prodigar la menor amabilidad *a* las personas que sabía situadas muy por debajo de él.

—Se trata de un asunto sumamente importante —dijo Albert Brimmore—, De un asunto que debe quedar entre usted y yo, de ello la conveniencia, claro está, de que nadie oiga nuestra conversación.

—No comprendo —le había sorprendido que aquel joven se expresara en aquellos términos—, Pero le escucho…

No había ofrecido asiento, y Albert Brimmore, queriendo demostrarle que él era alguien y que como alguien que era debía ser tratado, ironizó:

—Es incómodo hablar de pie.

Se dio cuenta de su incorrección, pero no se inmutó. Aquel joven tenía demasiada poca categoría para intimidarle. Le respondió:

—Siéntese… —iba a limitarse a esta palabra, pero vio un brillo inusitado en los ojos de Albert Brimmore, un brillo que de antemano parecía prometer algo, y se volvió más amable—. Siéntese, haga el favor.

—Gracias —ya sentado en el cómodo sillón de cuero situado frente a la mesa de escritorio, empegó diciendo—. Nadie debe oírnos…

—Eso ya lo ha dicho antes.

—Ahora lo repito.

—Nos hallamos solos, y las puertas, dese cuenta, están cerradas. Puede hablar con toda tranquilidad. Pero, con franqueza… —se anticipó a las palabras de Albert—, me cuesta imaginar el motivo…

—No me andaré con rodeos —aclaró el recién llegado—. Eso no nos conduciría a nada positivo. Lo positivo está para mí en convencerle de que…

—¿De qué?

—De que debe comprar la mina.

—¿Comprar yo la mina? —se rio Laurence Dannat—. Se nota que usted no me conoce.

Yo no he hecho un solo mal negocio en toda mi vida.

—Comprar la mina sería el mayor de los negocios —y le aseguró, más brillantes aún sus ojos—. Se lo garantizo yo.

—Cada vez le entiendo menos —pero algo empezaba a decirle que valía la pena que le prestara un poco de atención.

—En esa mina hay… —Albert Brimmore se detuvo, queriendo que el suspense se adueñara de su interlocutor.

—¿Qué hay? —inquirió.

Laurence Dannat estaba lejos de esperarse la respuesta que iba a tener.

—Oro.

Albert Brimmore se congratuló al ver que Laurence Dannat daba un respingo en el asiento.

—¿Qué ha dicho? —quiso que se lo repitiera, ciertas cosas es mejor oírlas dos veces.

—Lo ha oído perfectamente. Hay oro… —y repetida la fulgurante palabra, agregó—: Un filón aparece entre el granito.

—Supongo que bromea —dijo esto para darse tiempo a respirar hondo.

—¿Qué ganaría bromeando? Nada, usted lo sabe.

—Si hay oro —repuso Laurence Dannat—, ¿qué sentido tiene que el dueño de la mina quiera venderla?

—El señor Cinney no sabe nada. Sólo lo sabemos mi hermano y yo. Como es lógico — quiso abreviar— estoy dispuesto a llevarle a la

mina y a conducirle a la excavación, a la galería donde se ve perfectamente el filón de oro.

—Si efectivamente fuera cierto…

—Se convencerá de ello cuando lo vea con sus propios ojos.

—Pero ¿realmente es cierto…?

—No hay dudas. Yo mismo he extraído trozos de granito con su correspondiente oro. Pero tengo otra clase de dudas… Se refieren a usted, señor Dannat.

—Explíquese.

—Si yo le enseño la galería en que aparece el oro y usted compra la mina… Bueno —se decidió a ir directo a lo que le interesaba—, yo quiero el cuarenta por ciento de las ganancias que se obtengan. El cuarenta por ciento es un precio razonable, ¿No le parece?

—Sí —afirmó Laurence Dannat, que tenía los reflejos muy rápidos cuando se trataba de cuestiones que podían redundar en millones.

—Pero una simple promesa no ha de bastarnos —puntualizó Albert Brimmore— ni a mi hermano ni a mí. En caso de llegar a un acuerdo, usted debería comprometerse por escrito a pagarnos…

—Lo haría —aseguró—, ¿Por qué no? Siempre me han gustado los negocios claros.

—A nosotros también.

—Bueno, ¿cuándo me llevará a la mina? ¿Puede set ahora mismo? —apenas podía contener su impaciencia.

Una impaciencia que le hacía removerse inquietamente en su asiento. Si aquello era cierto, podría convertirse en uno de los hombres más ricos, no sólo de Collingttan, sino de Inglaterra.

Pero antes tenía que verlo…

No iba a fiarse más que de sus propios ojos.

—Vendré a buscarle dentro de tres horas y diez minutos —le comunicó Albert tras consultar su reloj de pulsera—. Exactamente dentro de tres horas y diez minutos. Será el momento idóneo. Me sé de memoria los turnos correspondientes, el momento en que el ascensor puede ser utilizado sin que nadie se percate de ello, en fin, todo lo que necesitamos para pasar desapercibidos…

—De acuerdo —y preguntó seguidamente—. ¿Nos acompañará su hermano?

—No —dijo Albert—. Iremos usted y yo solos.

—Algo me extraña en esto —reflexionó Laurence Dannat—. Si su hermano va a casarse con Susannah Cinney, ¿cómo es que está de acuerdo con usted en hacerle semejante trastada al señor Cinney?

—Mi hermano no desea casarse con Susannah —mintió Albert, esforzándose por parecer convincente—, es más, no va a hacerlo. Simplemente lo hace creer así. Cuanto menos sospechoso resulte él,

menos lo resulto asimismo yo… Y así llegaremos al final anhelado, haciéndonos ricos de una vez por todas.

—Comprendo. Pero desde luego me falta algo por saber algo que ahora pienso que quizá usted sepa…

—Dígame a qué se refiere.

—¿Quién mató a Jerry y a Sarah Cribbins?

—No fui yo —contestó Albert—. De ser yo, no estaría aquí, no me atrevería a estar aquí. El asesino de Jerry y de Sarah Cribbins lo fue, días después, de su hermana Caroline…

—He sido toda mi vida un hombre de grandes defectos —repuso Laurence Dannat—, pero he tenido, todos las tenemos, algunas virtudes… Una de las mías ha sido querer a mi hermana. La persona que la mató —silabeó entre dientes— pagará su crimen.

—Así debe ser —aseguró Albert. Quien dijo a continuación, tras haberse puesto en pie—. Vendré a buscarle a la hora convenida.

* * *

Fue Laurence Dannat quien dio repetidamente con el pico, consiguiendo desprender un trozo de granito, el cual, una vez en sus manos, pudo constatar claramente que contenía oro.

Albert Brimmore había sostenido la lámpara alzada para que al resplandor de la luz pudiera percatarse claramente de que le había dicho la verdad, de que allí había una fortuna.

Tenía que haberla, forzosamente, Laurence Dannat lo sabía. Dadas las características que ofrecía aquel filón, sin duda se prolongaría más allá, incluso, de lo previsible. Aquel hallazgo significaba que, quien pudiera explotarlo, se haría infinitamente rico.

—Se ha convencido, ¿verdad? —inquirió Albert Brimmore.

—Sí, sí… —asintió Laurence Dannat.

Pero aquel descubrimiento resultaba demasiado excitante, excesivamente enervante, así que algo le indujo a coger el pico y a seguir dándole al granito. Aquello equivalía a un placer inexplicable.

Albert seguía con la lámpara alzada. Quería concederle todo el tiempo que quisiera.

—Ya está visto —terminó sentenciosamente Laurence Dannat. Y añadió—: Compraré la mina.

—Y el cuarenta por ciento de las ganancias —le recordó Albert— serán para mi hermano y para mí.

—De acuerdo.

—Tenga presente —dijo Albert— que a no ser por mí hubiera usted ignorado siempre que…

—He dicho que de acuerdo —le interrumpió Laurence Dannat—. Y yo sólo tengo una palabra, así que…

Se detuvo porque le pareció que en la galería central, por las que

hacían su recorrido las vagonetas, se había oído un ruido.

¿Qué clase de ruido?

Le hubiera costado decirlo.

Como si alguien acabara de tropezar. Pero no sólo eso. Como si ese alguien, después, se hubiera quedado queriendo contener el aliento y el aliento, entrecortado, le estuviera traicionando.

—Me parece que no estamos solos —repuso Laurence Dannat, pero sin alterarse—. Debe ser su hermano Jonathan…

—No, no creo —respondió Albert, a quien aquel ruido, y luego aquella respiración contenida, mal contenida, le hicieron temer por su propia seguridad.

Sintió que algo subía y bajaba por su espina dorsal. Algo frío, helado, que se empeñaba en calentársele dentro.

¿Quién podía saber que Laurence Dannat y él estaban allí? Nadie. Evidentemente nadie.

Pero el ruido se había oído con claridad. Así, pues, alguien había allí.

—Sí, debe ser mi hermano Jonathan… —terminó deduciendo, considerando que ésta era la única hipótesis aceptable.

Jonathan sabía que él quería que la mina la comprara Laurence Dannat. En la última conversación que Jonathan y él sostuvieron, no llegaron a ningún acuerdo, cada uno de ellos, en realidad, deseaba actuar por su cuenta. Precisamente por ello, resultaba lógico qué Jonathan estuviera desconfiando y recelando un tanto de él. Su presencia allí, pues, no resultaba nada extraordinario.

Pero esto, realmente, a Albert no le preocupaba. Sabía lo mucho que Jonathan le quería, lo mismo que, a pesar de posibles discrepancias y distintas maneras de pensar, él quería a Jonathan.

Como fuera, llegarían a un acuerdo. Estaba convencido de ello. Lo cierto es que él siempre había tenido predominio sobre su hermano menor. Le costaba más o menos salirse con la suya, pero finalmente siempre lo lograba.

—Sí, debe ser él… —murmuró tras una pausa. Y añadió—: Voy a decirle que se acerque, que se reúna con nosotros. Le dejo la lámpara, señor Dannat —y se alejó de la galería.

Pero seguía sintiendo que algo subía y bajaba por su espina dorsal. Sí, persistía la inquietante sensación.

¿Inquietante? Desde luego que sí. Algo le estaba diciendo que su vida podía estar en peligro. En peligro de muerte, se sobreentiende.

—Jonathan… —le llamó, pero con voz queda—. Jonathan, no te escondas.. Ven, acércate… —y pese a todas sus sensaciones, dando por seguro que le oía—. Sí, estoy aquí con el señor Dannat… Hemos llegado a un acuerdo… Algo estupendo, ya te explicaré…

Pero Jonathan no apareció por ninguna parte, y Albert se puso nervioso. Se puso aún más nervioso, más agitado. Aquello no le gustaba. Se sintió mal.

Seguidamente se fue hacia la derecha, pensando que por allí encontraría a su hermano. Anduvo despacio, con pasos cortos. La verdad es que nunca en su vida había sentido tanto miedo. Tanto miedo que le daban ganas de gritar.

En la galería cuarta había quedado Laurence Dannat, con la lámpara a sus pies. Esperó un rato, pero al ver que Albert Brimmore no regresaba, decidió hacerlo por su cuenta. Cogió la lámpara y se dirigió hacia la galería central.

Laurence Dannat también tenía miedo. Lo había experimentado de pronto. Sentía como si una mano misteriosa y asesina le estuviera esperando para acabar con su existencia.

Dramatizo, pensó. No hay motivos para tomárselo todo a la tremenda. En realidad no pasa nada.

Pero fue el propio Jonathan Brimmore, que se hallaba escondido tras una de las vagonetas, quien sintió que los cabellos se le erizaban. Fue él quien sintió verdaderamente que la sangre se le congelaba en las venas.

¿Lo mismo que si acabara de abrirse un profundo e insondable abismo a sus pies?

No, porque de un abismo hubiera podido huir, hubiera podido retroceder.

¿Pero cabía retroceder, huir, de una calavera y de esas dos manos de huesos descarnados que acababan de alzar en el aire un pico, dejándole prácticamente inmovilizado, totalmente paralizado?

Paralizado e inmovilizado por completo, pues el terror que le invadió fue algo enteramente superior a sus fuerzas.

—¡Oh, no, no…! —gimió, en una súplica total, absoluta.

Cayó de rodillas, implorando piedad del modo más quejumbroso.

—Debes morir —dijo la calavera, y seguía alzando el pico—. No me dejas otra alternativa, lo lamento…

—¡Oh, no, no…! —gimió de nuevo. Pero esta vez preguntó, si bien sólo con un hilo de voz—: ¿Quién eres…? ¿Eres el barón de Sandersson…?

—Debes morir —repitió la calavera.

—Por favor…

Imploraba por su vida. Suplicaba por su existencia. Había lágrimas en sus ojos.

Pero estaba seguro de que imploraba en vano. Sus minutos, sus segundos, estaban contados.

Si aquella calavera era auténtica, y desde luego esta vez parecía

serlo, su final no podía estar lejos. De ser ficticia la aparición, como en los tres casos anteriores, tampoco podía hacerse ilusiones. De ambas formas la Muerte estaba allí.

—No puedo complacerte… —y la calavera, demostrando que el momento definitivo había llegado, descendió el pico con furia.

Su punta cayó sobre el pecho de Jonathan Brimmore, donde se hundió implacablemente.

Fluyó la sangre de la profunda e incisiva herida. Fluyó con profusión.

Pero Jonathan, que cayó desplomado al suelo, quería vivir. No, no se resignaba a que todo acabara y él mismo, en un supremo e infrahumano esfuerzo por salvarse, se arrancó el pico del pecho, lo desprendió de su carne. Debió suponer que haciéndolo así podría salvarse.

Se equivocó.

Sintió un dolor hiriente, horrible, mortal. Llevó las manos hacia la herida, para ver de detener la hemorragia, pero la sangre, a chorros, se le escapaba de entre los dedos. —No tienes nada que hacer… —murmuró la calavera—. Este es tu final.

Lo fue.

Antes de que pudiera hacer o decir algo más, Jonathan Brimmore había dejado de existir. La calavera desapareció.

Al poco, allí, junto al cadáver de Jonathan Brimmore, aparecía su hermano. Y aparecía también Laurence Dannat.

—¿Quién le ha matado…? —preguntó éste a Albert.

—¿Quién…? —inquirió a su vez éste al señor Dannat.

Ambos se miraron con desconfianza.

Pero la ambición que ¡es dominaba, venció esa recíproca y a la vez lógica desconfianza, y decidieron huir de la mina lo antes posible. Antes de que nadie les viera.

CAPITULO IX

LAURENCE DANNAT detuvo su lujoso coche ante la puerta principal de la mansión. Pero aquella mansión no era la suya, sino la de Adrián Cinney.

Poco después penetraba en la casa y era recibido cordialmente por su propietario. ¿Vendría dispuesto a hacerle alguna oferta?

La hizo.

—Le compro la casa, señor Cinney. Por el precio que me pidió Como verá no vengo dispuesto a regatear.

—Muy bien, muy bien… —dijo Adrián Cinney.

—En cuanto a la mina —prosiguió diciendo Laurence Dannat—, he estado pensando con detenimiento y he llegado a la conclusión de que si, de que me interesa…

La expresión de Adrián Cinney se animó indeciblemente. No pudo disimularlo. Debía estar lejos de esperarse semejantes palabras.

—Pido poco por la mina —observó.

—¿A qué llama usted poco? —quiso saber.

—Cincuenta mil libras.

—Me esperaba una cifra más discreta. ¿Considera poco cincuenta mil libras?

—Excavando nuevas galerías, ampliando las zonas de trabajo —empezó a decir Adrián Cinney—, los beneficios podrían llegar a ser considerables. Sólo que yo, ahora, no dispongo del dinero que resulta imprescindible invertir y…

—Bueno, de acuerdo —quiso ponerse de acuerdo lo antes posible.

—¡Estupendo! —exclamó Adrián Cinney, totalmente satisfecho.

En aquel momento llamaron a la puerta del despacho con los nudillos. Era el mayordomo. Se presentó para hacer saber que el señor Mottes solicitaba ser recibido. Se trataba, así lo había hecho constar al sirviente, de su interés en adquirir la mina.

Adrián Cinney se quedó asombrado, perplejo. Que se presentara un comprador resultaba, sin duda, una situación muy grata para él, aunque inesperada, pero dos compradores, y a la vez, era algo ya incomprensible.

—Dígale que pase.

Laurence Dannat había torcido el gesto. Pero se esforzó por disimular su contrariedad, no quería traicionarse.

Andrew Mottes se adentró en el despacho con naturalidad. Tras saludar al dueño de la casa y a su visitante, expuso su deseo de adquirir la mina.

—El señor Dannat ha venido a lo mismo —le comunicó Adrián Cinney—. Al señor Dannat también le interesa la mina.

—Pero estoy convencido —dijo el joven, sonriendo— de que yo estoy dispuesto a pagar más. En consecuencia, pues, doy ya como seguro que…

—Un momento —apenas conteniéndose, Laurence Dannat le interrumpió—. No puede estar convencido de estar dispuesto a pagar más que yo, si ignora…

—¿Cuánto pide usted, señor Cinney? —preguntó el joven.

—El señor Dannat me ofrece cincuenta mil libras.

—Yo estoy dispuesto a darle sesenta mil —la respuesta no se hizo esperar.

—Subo a setenta mil —repuso Laurence Dannat, al acto.

—Quiero la mina para mí —aseguró Andrew Mottes—. Pujo hasta setenta y cinco mil libras.

—¡Ochenta mil! —exclamó de un modo instantáneo Laurence Dannat.

Andrew Mottes se quedó con los labios prietos. Luego se encogió de hombros en un gesto resignado.

—Bueno, debo reconocer que he perdido la batalla —dijo—, Yo no puedo pagar tanto. La mina es suya, señor Dannat.

Instantes después se había ido de allí.

Adrián Cinney no podía con su satisfacción. Gracias a la intervención del joven iba a cobrar un total de ochenta mil libras.

Laurence Dannat arrugaba el entrecejo. Aquella inesperada intromisión le había costado cara. Pero, bueno, reflexionó, de todos modos había hecho un inmejorable negocio.

* * *

Salían del despacho cuando a los oídos de ambos llegaron aquellos horribles y desgarradores sollozos.

—¡Es mi hija! ¡Es Susannah! —exclamó Adrián Cinney, viéndola aparecer pálida y ojerosa, en el más angustioso y deplorable estado—. ¿Qué te pasa, hija?

—Papá, papá…, —seguía sollozando—, le han matado… Acaban de encontrar su cadáver en la mina… ¡Oh, qué desgraciada soy!

—¿De quién me hablas? ¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó.

—Te hablo de Jonathan, del hombre con el que iba a casarme —dijo Susannah con tantas lágrimas en su garganta que sus palabras apenas se entendían—. Le han clavado un pico en el pecho… Como hicieron con Jerry y con Sara Cribbins… Como luego hicieron con su hermana Caroline… —se había dirigido al señor Dannat.

—¿Y el asesino? —inquirió Adrián Cinney—. ¿Quién es el asesino? —pero vio la expresión de Susannah y no necesitó más—. Comprendo, nadie sabe quién ha sido… Una vez más ha conseguido huir…

—Son ya cuatro víctimas y la muerte siempre es la misma —dijo Laurence Dannat entre dientes—, ¿Adónde llegaremos si el inspector de policía no da de una vez con el culpable?

—Papá, papá… —no cesaban los sollozos de Susannah—, no volveré a encontrar otro hombre como Jonathan. Mi vida acaba aquí.

—Cálmate, hija —suplicó Adrián Cinney, estrechándola contra su pecho.

CAPITULO X

ELLEN CRIBBINS había permanecido durante largo rato en esa habitación que el viejo matrimonio Weaver había puesto a su disposición asegurándole que podía permanecer en la casa todo el tiempo que quisiera. Mientras no se aclarara la situación y el asesino no fuera detenido, podía seguir allí, en la compañía de ellos dos, y en la compañía, asimismo, de Adrián Mottes. Ya tendría tiempo de marcharse cuando no corriera ningún peligro.

¿Qué había estado haciendo en su habitación?

El matrimonio Weaver no acertaba a imaginárselo. En cierto momento llamaron a la puerta y le preguntaron si le pasaba algo, y la chiquilla respondió que no, que se encontraba perfectamente.

No quisieron, pues, insistir. Si ella estaba bien, si no le pasaba nada malo, lo demás era secundario.

Ella había estado escribiendo una carta, que ahora acababa de meter en un sobre.

En el sobre escribió:

«Para el señor ADRIAN CINNEY.»

Acto seguido, la chiquilla metió la carta en uno de los bolsillos del vestido que llevaba y salió de la habitación.

Vio como le miraba el matrimonio Weaver. De forma interrogante. Sin duda esperando que les explicara lo que había estado haciendo.

No les explicó nada, y tras esbozar una semisonrisa salió de la casa.

Era ya de noche.

Una noche oscura, negra, que parecía tragarse la silueta de las personas que todavía iban de un lado para el otro.

Ella reparó pronto, sin embargo, en la persona que buscaba. Era éste un chico de unos doce años, de mirada vivaz, de gestos desenvueltos.

—Oye, Jim… Oye, ven…

Jim se volvió hacia la chiquilla.

—¿Qué quieres? —le preguntó alzando la voz, sin acercarse.

—Ven, Jim… —insistió Ellen—. Quiero pedirte un favor.

Jim se acercó. Sabía que cuando alguien le pedía un favor, una propina más o menos generosa acababa en su mano.

—Dime —se limitó a preguntar al llegar junto a la chiquilla.

—¿Ves esta carta? —se la enseñó.

—Claro —contestó—. Tendría que estar ciego para no verla.

—Quiero que se la lleves al señor Cinney… Adrián Cinney, el dueño de la mina… Y quiero que se la entregues personalmente, ¿me entiendes?

Jim hizo un gesto que tanto podía significar que sí como que no.

—Te daré diez chelines —le aclaró Ellen.

—Ahora sí lo entiendo —Jim chasqueó la lengua.

—Vete aprisa, ¿eh? —y le entregó la carta y los diez chelines prometidos.

—En un vuelo —prometió.

Quince minutos después, la carta estaba ya en poder del señor Cinney.

Pero antes de abrirla, dejó el comedor, la llegada de Jim le había cogido cenando, y se dirigió a su despacho. Sólo entonces, a solas, rasgó el sobre.

Desde el primer momento había tenido el presentimiento de que se trataba de algo serio, grave. Algo de lo que nadie debía enterarse.

Leyó el contenido de la carta:

«*Señor Cinney*:

Soy Ellen, la hermana de Jerry y de Sarah. Soy la única que sabe quién es el asesino de mis hermanos, y de Caroline Dannat, y también, claro está, de Jonathan Brimmore, la última víctima.

Soy Ellen, una chiquilla de apenas quince años que en lugar de ir a buscar al inspector de policía ha decidido ponerse en contacto con usted.

¿Por qué? Supongo que lo adivina.

De todos modos, si tiene dudas al respecto estoy dispuesta a aclarárselas. Como sea, podemos reunimos, hablar, y ponernos de acuerdo.

Le sugiero que nos veamos esta misma noche, a eso de las doce. En la vieja y abandonada cabaña que hay cerca del arroyuelo. Me parece un buen lugar. Espero que también se lo parezca a usted.

Allí nadie ha de vernos y podremos hablar con toda tranquilidad.

¿Sabe una cosa, señor Cinney? Estoy harta de ser pobre, y lo que es peor, de estar condenada a seguir siéndolo.

Usted, por el contrario, va a ser rico. Lo sé. Va a vender la mina a muy alto precio…

Bueno, señor Cinney, seguiremos hablando en la vieja cabaña. No se

preocupe. Llegaremos a un acuerdo.

Ellen

Su primera idea fue no acudir a esa cita, romper la misiva y tirarla al fuego de la chimenea.

Pero releyó la carta y se convenció de que Ellen sabía mucho, sin duda demasiado, tal vez todo.

Le convenía hacerla callar.

Pero le convenía hacerla callar no llegando a un acuerdo como sin duda era el deseo y la pretensión de ella, sino haciéndola callar de un modo definitivo, decisivo, concluyente.

Sin embargo, debía tomar sus precauciones. Nadie debía verle salir de la casa. Bueno, eso no significaba ningún impedimento a la hora en cuestión la servidumbre estaría ya acostada. Además, saldría por la puerta de atrás, silenciosamente. Regresaría de igual manera. Nadie se enteraría de nada.

A la hora acordada, o incluso unos minutos antes, llegó a la vieja y abandonada cabaña situada cerca del arroyuelo.

Pero Ellen se le había anticipado, y pronto pudo darse cuenta de ello, así que se acercó a la cabaña y miró en su interior, lo que pudo hacer fácilmente porque la puerta estaba entreabierta. Vio a la muchacha allí, junto a un quinqué, que por lo visto se había tomado la molestia de llevar para que la entrevista resultara más acogedora.

—Aquí me tienes —fue lo primero que dijo al entrar.

—Buenas noches, señor Cinney —a la chiquilla no se la veía nerviosa.

—¿Qué significa exactamente la carta que me has enviado? —Adrián Cinney quiso mostrarse sereno—. No he terminado de entenderte bien.

—En su mina, a más de carbón, hay oro… —Ellen se lo dijo a bocajarro.

—Explícate mejor, ¿quieres? —se había quedado tan pálido al oír en los labios de la muchacha la palabra «oro», que de pronto parecía un fantasma.

—Mi hermano Jerry se vistió de calavera para asustar a alguien —y dueña por completo de sus nervios, Ellen prosiguió—: ¿A quién? Yo se lo diré, a Jonathan Brimmore, que acababa de descubrir que en la galería cuarta había un filón de oro… Jerry debió pensar que si le asustaba y le hacía abandonar su plan, entonces sería él el único dueño de ese descubrimiento.

—Prosigue.

—Albert Brimmore, sospechando algo, vigilaba a su hermano Jonathan, y se enteró también del descubrimiento —continuó

diciendo—. Pero Albert no era tan fácil de asustar… Entre una cosa y otra. Jerry murió asesinado… Alguien le clavó un pico en el pecho y acabó con su vida… Albert quedó recelando de Jonathan y Jonathan de Albert… Pero se antepuso el cariño que se tenían, y la ambición que les unía, y uno al otro se encubrieron…

—Pareces saberlo todo —Adrián Cinney seguía intensamente pálido.

—Sé lo suficiente —prosiguió Ellen— para comprender que el asesino debió suponer que Jerry le había dicho lo del oro a Sarah, de ello que, para evitarse complicaciones, acabase con ella.

Se detuvo. Sin que en esta ocasión Adrián Cinney dijera palabra ninguna.

Posiblemente estaba demasiado impresionado por como esa chiquilla, al parecer inofensiva, estaba desentrañando la historia.

—Por otra parte —añadió Ellen—, aparece aquí en la localidad de Collingttan, Sandra, una muchacha muy guapa y atractiva, demasiado para que tenga explicación que se quede a vivir aquí. Pero se queda, esto es un hecho evidente, y concede su atención a un hombre, sólo a uno, a Albert Brimmore… Una coincidencia extraordinaria, ¿no cree usted, señor Cinney? porque Albert sabe lo del oro… Ahora bien, podemos dar por seguro que Albert no ha abierto la boca en ese sentido, así pues, ¿cómo se las ha arreglado Sandra para elegir tan bien?

Una nueva pausa, durante la cual Adrián Cinney demostró que estaba perdiendo los nervios. De un modo ya real mente alarmante.

—Llegó la fiesta que dio usted en su casa, señor Cinney, y aquella noche murió asesinada Caroline, la hermana del señor Dannat. ¿Explicación…? —Ellen se respondió a si misma—. No es posible saberlo con exactitud. Pero pudo darse el caso de que Caroline oyera algo que la hiciera comprender que el apagón iba a ver provocado… ¿,Qué pretendía con eso el asesino? Posiblemente acabar con la vida de Andrew Mottes, porque no le gustaba nada de eso de tener tan cerca a un escritor de novelas policíacas… Esa clase de escritores deducen demasiado, sacan excesivas conclusiones, pueden resultar evidentemente peligrosos. Pero Caroline Dannat, lo dicho, debió oír demasiado y el asesino ya no pudo actuar. Por lo menos no pudo actuar del modo previsto. Cambió de planes y la mató a ella. No le interesaba que pudiera hablar. La mató con el pico, que había dejado bajo el cojín de ese sillón cerca del cual fue encontrada la máscara con la calavera pintada…

Una nueva interrupción por parte de la valerosa muchacha.

—Esa máscara negra, con los huesos pintados de un color blanco fosforescente, así como la otra máscara y los otros guantes, con los

que el asesino apareció ante mi hermana Sarah, los robaron de mi casa, ¿lo sabía usted? Alguien entró por la ventana… Yo oí ruido y fui a ver qué pasaba, pero cuando llegué ya no había nadie. Pero puntualizando —Ellen no perdía el hilo de la conversación—, ¿por qué el asesino eliminó a Jerry y a Sarah…? A esto quizá podría responder el hombre que pagó la fianza para que Sandra pudiera salir de la cárcel… Si, sin duda ese hombre podría responder a esta pregunta.

Se detuvo una vez más.

Prosiguió.

—Si recordamos que Sandra ha dado esperanzas a Albert Brimmore, y que éste sabe lo del oro, resulta inevitable volver a lo mismo, a ella le ha tenido que informar alguien… ¿Pero quién? Pues el mismo que pagó la fianza. El mismo —repitió— que robó los disfraces de la habitación de mi hermano Jerry. —Y Ellen sentenció—. Usted.

—¿Yo pagar su fianza? —la excitación de Adrián Cinney había ido en aumento, al igual que su palidez—. ¿Por qué había yo de pagarla? Además, ¿decirle yo a Sandra que en mi mina hay oro? Si lo hubiera no la vendería… ¿No te das cuenta de lo disparatado y absurdo de tus conclusiones, Ellen?

—No son absurdas ni disparatadas —observó la chiquilla—, porque es cierto que en su mina hay oro… Pero sólo hay el oro que usted, en un momento oportuno, hizo colocar allí a uno de sus trabajadores. Uno de su absoluta confianza, esto no hace falta decirlo. Entre la piedra y la tierra, debió hacerle colocar el granito y lo que tenía que parecer un prometedor filón de oro… Oro auténtico, claro, para que el engaño no fallara… Todo muy bien colocado, muy bien puesto, pero en definitiva una pura farsa… De la que Sandra estaría al corriente, estoy convencido… Bien —observó Ellen al llegar a este punto—, ya he aclarado muchas cosas, ¿no cree usted? Faltan otras, sí, claro… Allá voy…

—Tienes demasiada imaginación, Ellen, ¿no te das cuenta? —pero bastaba ver la expresión de Adrián Cinney para saber de fijo que la chiquilla no había errado una.

—Para concluir —dijo Ellen— su plan no está mal trazado del todo. Paga una fianza y trae a Collingttan a una muchacha guapísima. Tan guapa y atractiva, que apenas verla todos los hombres de por aquí, no podía ser de otra manera, se quedan boquiabiertos, todos se entusiasman con ella… Pero ella se dedica a Albert Brimmore… Este se enamora como un loco de ella y ella, entonces, le dice que le quiere, pero que está acostumbrada a otra clase de vida. Necesita pieles, joyas… Como Albert Brimmore ya sabe lo del filón de oro, le promete que tendrá todo lo que quiera… El asunto va bien,

perfectamente, y Sandra cuenta ya con el dinero… Pero no con el dinero que Albert Brimmore cree que va a poder ofrecerle, sino con el que ya le tiene ofrecido usted… Para cobrarlo ha de conseguir que Albert Brimmore, por no perderla, demuestre tener la mente despierta… Por su parte, Sandra va exactamente a lo suyo y por eso no hace caso de Laurence Dannat. Por lo demás, todo hay que decirlo, Sandra no es tan culpable como pueda parecer. Sabe que usted está jugando sucio, pero ella ignora sus crímenes, señor Cinney.

—¿Mis crímenes…? —balbució.

Ellen estaba dispuesta a hablar hasta el final y no iba a detenerse ahora que ya casi todo estaba dicho.

—Pero surgió un imprevisto —prosiguió la muchacha—, Jonathan Brimmore se fijó en su hija y pensó en casarse con ella. Usted fingió que la idea le gustaba, pero no, no le gustaba, le desagradaba. Sin embargo, para despistar, incluso fue usted quien pareció sugerirle a Jonathan la idea de un posible matrimonio. Usted lo que pretendía, lo único que pretendía, era que a Albert Brimmore se le ocurriera, al saber que iba a vender la mina, buscar un comprador en Laurence Dannat… Este, creyendo pagar poco por lo que valía mucho, pagaría en verdad mucho por lo que casi no valía nada, por lo que a usted el negocio le saldría redondo.

Ellen calló de nuevo.

Y de nuevo prosiguió:

—Mató a Jonathan temeroso de que echara por el suelo su plan. Jonathan quería simplemente casarse con su hija.

Adrián Cinney ya no pudo más. Sus nervios se habían roto. Explotó:

—¡Sí, maté a Jonathan Brimmore! ¡Como antes maté a Jerry y a Sarah! ¡Y como también maté a Caroline Dannat. ¡A cualquier precio quería salir de la ruina que me amenazaba!

—No le importó destruir la felicidad de su hija…

—Mi hija —replicó Adrian Cinney— jamás hubiera sido feliz con un hombre que sólo se casaba por su dinero por el oro que creía que había en la mina. Mira, Ellen —cambió de tono—, si estás dispuesta a callar, a no desenmascararme, te pagaré lo que me pidas. Lo que me pidas…

CAPITULO XI

—NO hace falta que se muestre tan generoso —intervino Andrew Mottes en la conversación, apareciendo de pronto.

—¿Usted…? —el sobresalto le hizo dar un bote.

—Sí, yo —afirmó el joven.

—Ha sido él quien me ha dicho en qué términos debía escribirle la carta y como debía hablarle una vez estuviéramos aquí—le hizo saber Ellen.

En aquel momento Yvonne entró en la cabaña. Por lo visto aquélla era una encerrona con todas las de la ley.

Nunca mejor dicho, desde luego, pues el inspector de policía y un par de sus hombres estaban fuera, pero cerca, tocando a la puerta de entrada. La verdad es que lo habían oído todo.

—Debí presumir que usted estaba metido en esto —barbotó Adrián Cinney—. Una chiquilla de quince años no puede hilar tan fino…

—Lo has hecho muy bien, Ellen —elogió Andrew Mottes—. Tan bien que poco me queda por decir a mí. Sólo, en todo caso, sintetizar. Usted trajo aquí a Sandra, señor Cinney, con la exclusiva pretensión de que enamorara a Albert o a Jonathan Brimmore. Dando como inevitable que los hermanos Brimmore habrían dado ya con el filón de oro… Después, al decir que iba a vender la mina, emplearía la imaginación de los dos hermanos, sobre todo del que se hubiera enamorado de Sandra… Sí, sin duda se les ocurriría recurrir a Laurence Dannat… Pero surgió lo imprevisto, Jerry descubrió también lo del oro y quiso actuar por su cuenta. Usted le mató para que nada alterara sus planes. Pero, claro, Jerry debió decirle lo que sabía a su hermana mayor, a Sarah, por lo menos así lo supuso usted, y tuvo también que matarla… En cuanto a mi presencia, no terminaba de caerle bien. De ello, supongo, que diera invitaciones de más a Yvonne. Así ella me invitaría a mí a su fiesta y yo acudiría a su casa sin imaginar lo que me esperaba… Como no pudo matarme con el cuchillo, había que buscar otra oportunidad… Pero Caroline Dannat debió ver u oír algo y usted consideró oportuno suprimirla a ella, y sin pérdida de tiempo.

Esta vez fue Andrew Mottes quien se detuvo.

—Por otra parte —añadió, poco después—, sospeché de usted, señor Cinney, porque si un hombre había pagado la fianza a Sandra y ese hombre, evidentemente, la había hecho venir a Collingttan, ¿de quién recelar? Aquí sólo hay dos hombres con dinero, el señor Dannat y usted… Y si Sandra esquivaba al señor Dannat, todo hacía poner la atención en el dueño de la mina… Además, si Jerry había dicho que tenía la corazonada de que algún día sería muy rico… Todo encajaba en mis sospechas. En fin, el otro día le visité, señor Cinney, diciéndole que quería comprar la mina y pujé por ella, para ver si encajaba mi hipótesis… Sí, efectivamente, el señor Dannat compraba porque en esa mina había algo más que carbón… Pero a usted no le veía yo como al tonto del cuento, ni mucho menos, así que decidí actuar en consecuencia… En definitiva, pedí a Ellen su colaboración, y ella escribió esa carta que…

—Salvo pequeñas salvedades, ha acertado usted en todo, señor Mottes. Le felicito. Pero no, no esperen —Adrián Cinney miraba a todos, como desafiándoles— que me deje coger así como así.

Pero en aquel momento sucedió lo más inesperado. Una piedra entró por la puerta entreabierta de la vieja cabaña, fue a dar contra el quinqué y la luz se apagó.

De pronto todo fueron tinieblas.

Y al acto apareció allí, entre ellos, algo…

Era la calavera.

Yvonne gritó histérica, y se cobijó contra el fuerte pecho de Andrew Mottes.

Si la calavera, hasta entonces, sólo había sido un disfraz… Además, si ese disfraz había corrido a cargo de Adrián Cinney, ¿qué significaba que ahora?

Andrey apretó fuerte a la muchacha, no terminando tampoco de comprender lo que veía. Aquello le resultaba total mente desconcertante. No, ciertamente no contaba con aquel epílogo.

Esas mandíbulas, clavando sus cuencas vacías y tenebrosas en Adrián Cinney. También movía los huesos de sus manos.

Ellen por su parte ya no pudo seguir mostrándose valerosa. Chilló como una posesa.

—¿Qué… qué… significa esto…? —balbuceó Yvonne, no atreviéndose a despegarse de entre los brazos del joven.

De súbito, Adrián Cinney cayó en la cuenta de que aquella aparición demoníaca, demencial, tanto más demencial y demoníaca puesto que ahora no era él quien llevaba puesta la máscara, puesto que ahora, evidentemente, se trataba en verdad de un ser del otro mundo, de una auténtica calavera.

Sí, sin duda tenía que ser así…

Como fuera, pensó Adrián Cinney, esa calavera podía darle opción a huir. A huir con mayores posibilidades de éxito. El desconcierto que tal aparición llevaba implícita, podía ser para él, y sin duda lo era, un factor favorable, muy favorable.

Se precipitó hacia la puerta y echó a correr a campo traviesa.

Fuera estaba el inspector y sus dos hombres, pero se vieron sorprendidos por su rápida huida. Además, la oscuridad era intensísima.

Andrew Mottes se había quedado quieto. Si allí estaba el inspector de policía, a él ya no le correspondía hacer nada más. Había hecho ya suficiente.

Pero fue la calavera quien corrió tras Adrián Cinney. Corrió tras él a una velocidad increíble.

Adrián Cinney, al ver que la calavera le perseguía, se puso a sudar como un condenado a la última pena. A una última pena sin posible apelación.

Siguió corriendo…

La calavera no desistía. Estaba empeñada en darle alcance.

Adrián Cinney llegó hasta la mina y pensó en esconderse allí.

Pero apenas llegó junto a la entrada, se detuvo un momento, jadeante, y ya la calavera, alcanzándole, le había puesto una mano sobre el hombro.

A su sudor de instantes antes, añadió un temblor que hubiera resultado altamente cómico de no ser auténticamente trágico.

Quiso desasirse de los huesos que le sujetaban por un hombro, pero su miedo, su pavor era tan grande que no encontró fuerzas para hacerlo. Aquel contacto le había inmovilizado.

Hizo un esfuerzo, no obstante, y recuperó el movimiento Pero para entonces ya tenía la otra mano de la calavera en el otro hombro.

La calavera movía sus desencajadas mandíbulas. Parecía reírse de él de muy buena gana.

De pronto, las rodillas de Adrián Cinney se doblaron. Su cuerpo cayó al suelo.

No había de moverse más. Estaba muerto. Acababa de sufrir un paro cardíaco.

Había muerto de miedo, ésta es la verdad.

Cuando Andrew e Yvonne, así como el inspector de policía y sus dos hombres llegaron allí, la calavera se había desprendido ya de su disfraz.

Porque no se trataba del barón de Sandersson como una vez más alguien pudiera haber estado creyendo.

Quien apareció fue Susannah Cinney. La muchacha dijo:

—Al ver que mi padre salía de la casa por la puerta de atrás, y

habiendo averiguado ya que era él quien había matado a Jonathan y a los demás, he querido darle un escarmiento. Por eso… —pero en el tono de su voz no había vida, igual que si ella misma acabara de morir—, por eso…, poniéndome esta máscara y estos guantes que he encontrado escondidos en un cajón del armario de su dormitorio… Pero la emoción le ha vencido, el miedo ha podido más que él y ha muerto… No, no pretendía llegar tan lejos… A pesar de todo era mi padre… —No obstante, se respondió, rápida—: Bueno, creo que bien mirado es mejor así. Le hubiera esperado la horca.

Andrew Mottes sostenía a Yvonne. La muchacha parecía a punto de desvanecerse entre sus brazos.

* * *

Para muchos de los habitantes de Collingttan, sobre todo para los más viejos de la localidad, pese a cuanto pudo decir, afirmar y constatar el inspector de policía, el culpable de todas aquellas horribles muertes había sido, única y exclusivamente, el barón de Sandersson.

Un ser del otro mundo.

Un ser del Más Allá.

F I N